

# **FEMINISMO EN TOLSTÓI: EL CASO ANA KARENINA.**

Marta Arenas Castro  
Trabajo de Fin de Grado  
Grado en Publicidad y RRPP

Tutor: Adrián Huici Modenes  
Dpto. de Comunicación Audiovisual,  
Publicidad y Literatura

# FEMINISMO EN TOLSTÓI: EL CASO ANA KARENINA

## ÍNDICE

1. Resumen .....	2
2. Palabras clave .....	2
3. Introducción.....	2
4. Objetivos.....	2
5. Metodología.....	3
6. Feminismo en <i>Ana Karenina</i> .....	3
6.1. Introducción sobre el autor y sobre el contexto social y político de la obra .... <i>Véase</i>	
6.2. Análisis de la obra .....	5
6.2.1. Personaje de Ana Karenina.....	5
Descripción de Ana (importancia de su presencia física) .....	5
Ana y Wronsky. Ana como amante .....	7
Ana y su marido. Adulterio en Ana Karenina.....	19
Venganza. Suicidio como venganza .....	32
Evolución de Ana .....	33
6.2.2. Ana como heroína. Tolstói y el heroísmo. Comparación con Hadji Murad..	35
7. Resultados y discusión.....	39
8. Conclusiones .....	42
9. Referencias bibliográficas .....	44
10. Referencias videográficas.....	44

## **1. Resumen**

El presente trabajo es el resultado de realizar un análisis ideológico bajo una perspectiva feminista de la novela rusa *Ana Karenina*. Es este además un análisis literario, puesto que la obra pertenece a la literatura. Sin embargo, este documento se abstiene de realizar una observación completa de la narración, para centrarse en el personaje femenino protagonista, Ana Karenina; y su historia de adulterio y posterior suicidio. Mediante la disección de las distintas relaciones que mantiene la protagonista con otros personajes, su historia se perfila en torno a las convenciones sociales y políticas de la época en la que se escribió y publicó la obra, a finales del siglo XIX.

Pese a su antigüedad, siempre resulta interesante, por ser un clásico de la literatura universal, el estudio de este relato. En nuestro caso, tiene un doble interés, ya que el tema a examinar es de vigencia actual. Por tanto, existen menos dificultades para la identificación con la problemática tratada en este trabajo, así como una mayor facilidad para comprender y comparar el estado de esta cuestión en nuestra sociedad actual.

## **2. Palabras clave**

Ana Karenina, Tolstói, análisis ideológico, feminismo, mujer, adulterio.

## **3. Introducción**

Este documento constituye un análisis detallado de la obra *Ana Karenina*, del autor ruso León Tolstói. El análisis se hará desde una perspectiva feminista, centrándose en el personaje de Ana Karenina, y comparándolo con dos de los personajes principales masculinos, con el objetivo de demostrar la ideología feminista de la novela.

Hemos de considerar el contexto histórico en que se publica el libro, así como el país de origen. Por tanto, el análisis se hará teniendo en cuenta estas cuestiones y tomándolas como referencia para, en última instancia, formular las correspondientes conclusiones.

## **4. Objetivos**

- Demostrar, que a pesar del carácter literario de la novela, en ella podemos encontrar contenido propagandístico.
- Que dentro de ese contenido ideológico, puede distinguirse contenido de tinte feminista que critica la situación de opresión y discriminación de la mujer respecto al hombre.

## 5. Metodología

La metodología utilizada consiste en un análisis textual y literario al que se le aplican conceptos del análisis ideológico propagandístico.

## 6. Feminismo en *Ana Karenina*

### 6.1. Introducción sobre el autor y sobre el contexto social y político de la obra

Lev Nikoláievich Tolstói o León Tolstói conocido como uno de los autores rusos más influyentes en la historia de la literatura universal. Nacido en su casa de Yásnaia Poliana, en Tula (Rusia), en el seno de una familia perteneciente a la antigua nobleza rusa, en su juventud comenzó a estudiar Lenguas y Derecho en la Universidad de Kazán. Abandonó estos estudios poco después para pasar en Moscú y San Petersburgo una época en la que se permitió vivir alegremente y sin preocupaciones. En 1851 ingresa en el ejército a través de su hermano y participa en la Guerra de Crimea. Un año después, durante un permiso para una cura de su reumatismo, se pone a escribir y acaba *La tala del bosque* y los *Relatos de Sebastopol*.

Tras la Guerra de Crimea, vuelve a San Petersburgo, donde no consigue integrarse en la vida de sociedad sin sentir un gran vacío espiritual e inutilidad por la frivolidad de la vida urbana.

Estos sentimientos lo llevan a volver a su pueblo natal con el propósito de llevar una vida sencilla y para redimirse, en cierta forma, por el tipo de vida que había llevado hasta entonces. Esto se ve reflejado en las siguientes obras que escribe: *Los Cosacos*, *Guerra y Paz* y *Ana Karenina*. En ellas además se refleja la corriente realista de la época.

En *Ana Karenina*, Tolstói hace una crítica feroz de la sociedad del momento, de las convenciones sociales y del estilo de vida de la aristocracia rusa, especialmente, en lo relacionado con la cuestión de la mujer. Además, también reflexiona sobre la religión y sobre el modo de alcanzar la felicidad, cuestiones que afectarán profundamente a su vida en los años posteriores a la publicación de la obra. Los cambios en su forma de pensar transformarán drásticamente sus convicciones religiosas, hasta entonces moderadas. Se centra entonces en una existencia sencilla, basada en el trabajo en el campo y en procurar mejorar la vida los campesinos de su pueblo, construyendo escuelas para las familias con pocos recursos.

Tolstói no es solo uno de los escritores más influyentes del siglo XIX, marcando con sus novelas el realismo de la época, sino que también es uno de los personajes más importantes de la época a nivel mundial: “Tolstói aunaba la fama de Voltaire, la popularidad de Rousseau y la autoridad de Goethe; se le comparaba habitualmente con los profetas bíblicos” (Volkov, 9). El autor debía realizar un verdadero esfuerzo por

encontrar un equilibrio entre su intento de llevar una vida sencilla y alejada de todos, y el halo de celebridad que le rodeaba y que hacía que recibiese en su residencia de Yasnaya Polyana gente de todos los rincones del mundo. La prensa lo acosaba incluso en su propia casa. Entre sus coetáneos se le veneraba como a un profeta, un ser que rozaba lo divino, algo a lo que contribuyó la religión que fundó él mismo.

En el siglo XIX, la cuestión de la mujer comenzaba a plantearse por primera vez en la Inglaterra victoriana. Antes de esa época, algunos intelectuales como von Hippel o Mary Wollstonecraft, ya habían abordado el tema, que apenas había recibido atención por parte de la sociedad del momento. En el siglo XIX, a partir de las décadas de 1830 y 1840, la cuestión de la mujer vuelve a renacer con mayor fuerza. En este siglo se relaciona además con cuestiones como la de la emancipación, el sufragio femenino y la entrada de la mujer en el mundo laboral. Mujeres educadas y con tiempo libre, pertenecientes a las clases pudientes, impulsaron el movimiento hacia la actividad organizada. Un movimiento en el que tomaron parte mujeres tan influyentes en la literatura como Mary Shelley, hija de Mary Wollstonecraft. Sin embargo, en su primera fase, el movimiento se centró más en la caridad, la auto-ayuda y la mejora profesional, educacional y de estatus legal, que en conseguir el voto. No obstante, el sufragismo volvería a tomar fuerza en 1860 en Gran Bretaña y en 1848 en Francia. Con el cambio de siglo, el feminismo “político” pasó a tener un lugar central en la lucha feminista.

No obstante, la cuestión de la mujer fue formulada inicialmente para resolver un problema que en la Inglaterra victoriana se había ido acrecentando: las mujeres sobrepasaban considerablemente a los hombres en número y constituían una parte de la población desempleada, de anticuadas solteras. En Rusia, el tema no llegó a convertirse en debate entre los intelectuales hasta después de la traducción al ruso de la obra de Stuart Mill: *The Subjection of Women*. En la mayor parte del siglo diecinueve, la cuestión de la emancipación de la mujer solo se había tratado en obras literarias.

Por si fuera poco, “la dirección que tomó el debate en el periodismo ruso después de la traducción del libro de Mill no hizo sino perpetuar las mismas preocupaciones que manejaban el periodismo inglés victoriano, centrándose en el exceso de población femenina en lugar de en los problemas locales rusos. El debate ruso era restringido, discutiendo, no los derechos civiles de la mujer o la capacidad para participar en la vida pública, ya que sus derechos y habilidades se suponían automáticamente limitados a la esfera doméstica, siguiendo los valores victorianos tradicionales. De acuerdo con esta visión, todas las mujeres deberían casarse y criar hijos, y el único problema planteado por la cuestión de la mujer era qué hacer con aquellas desgraciadas que eran incapaces de atrapar marido.” (Mandeleke, 21).

León Tolstói escribe en varias de sus obras sobre la cuestión de la mujer, quizá la más esclarecedora sea *What is art?*, en la que profundiza sobre el lugar de la mujer en la sociedad y hace gala de un feminismo mucho más desarrollado que el que expone el aclamado Stuart Mill, quien no deja de relegar a la mujer a la esfera doméstica.

## 6.2. Análisis de la obra

### 6.2.1. Personaje de Ana Karenina

#### Descripción de Ana (importancia de su presencia física)

La primera aparición de Ana en la obra ocurre a través de los ojos de Wronsky. La conocemos por la primera impresión de este al cruzarse con ella; aunque anteriormente habíamos sabido de Ana por una conversación entre el matrimonio Oblonsky, pues su hermano le pide ayuda para hacer las paces con su esposa.

Así pues, Wronsky se cruza con ella en la estación y le basta una mirada para percibir la imponente belleza y elegancia que preceden cada presentación de Ana en el libro. Ana no deja a nadie indiferente, cada persona a quien trata o conoce, o los transeúntes con los que se cruza, todos coinciden en quedar profundamente impresionados por su figura, su extraordinaria belleza, su presencia y sus modales. De este modo, la descripción física de Ana no se hace únicamente para el lector, ya que con una sola vez sería suficiente, sino que se repite con cada interacción con el resto de personajes de la obra.

Esto marca la relación entre los demás personajes y Ana desde el principio: es un rasgo que se tiene en cuenta para tratarla, y que puede suponer una ventaja o una desventaja para ella dependiendo de la situación. Además, ella misma es consciente de ello y en alguna ocasión lo utiliza a su favor.

Esta característica suya suele percibirse de forma distinta a lo largo de la obra, de manera que en un principio es digna de admiración, al relacionarla con una mujer que es una esposa obediente y una joven madre entregada. Sin embargo, al producirse el cambio de rol en Ana y convertirse en amante de Wronsky (pues es ella quien lo abandona todo para irse con él), su belleza se considera algo peligroso, seductor y diabólico, como varios personajes lo describen.

Kitty es la primera en percibirla de esta manera, durante el primer baile, en el que Ana y Wronsky escandalizan a todo el mundo bailando juntos e ignorando a Kitty. Entonces Kitty la ve así:

*Una fuerza misteriosa atraía los ojos de Kitty a los de Ana Arcadievná. Estaba hermosa hasta la seducción con su sencillo vestido negro, sus manos enjorjadas, su bellísimo cuello rodeado de perlas, sus negros y rizados cabellos en desorden. Sus manos y sus pies se movían con una gracia fácil y ligera; su bello rostro estaba lleno de vida. Sin embargo, en aquella belleza seductora había algo terrible y cruel. (91).*

*<<Sí –se dijo Kitty–, hay en ella algo extraño y diabólico.>> (92).*

Evidentemente, esto se debe a la situación desesperada en que se encuentra Kitty en ese momento, al comprender antes que nadie, que Wronsky se ha enamorado de Ana y que ella parece corresponderle. Además, se da cuenta de que ha perdido su oportunidad, no solo de casarse con él, sino que puede haber destruido su futuro por rechazar a Levine en base a sus esperanzas sobre Wronsky.

Así, la reacción de las mujeres ante el físico de Ana Arcadieвна se resume por lo general en dos emociones: la admiración y la envidia. Admiración por su belleza natural e innata; y envidia, por su éxito con el sexo masculino y por las continuas alabanzas que recibe por su elegancia y modales. A esta envidia vuelve a hacer referencia el autor, más adelante, cuando la relación de Ana y Wronsky empieza a ser conocida, narrando las reacciones los distintos miembros de la sociedad, y en este caso, de las mujeres, quienes:

*Se sentían profundamente celosas de ella, pues ya hacía tiempo que estaban hartas de que la presentaran como un modelo de prudencia y juicio. De aquí la alegría que experimentaban ante lo que se sospechaba de ella. Solo esperaban el momento oportuno para echársele encima y demostrarle el desprecio que, en su opinión, bien se merecía. Ya tenían preparadas las acusaciones que le dirigirían cuando llegara la ocasión. (191).*

En este caso en particular, el propio autor refleja aquí una crítica a la hipocresía y el doble rasero que mantiene la sociedad para aplicar al comportamiento de hombres y mujeres. Mientras que a Ana se la crucifica, Wronsky es envidiado y admirado por los demás. A nadie se le ocurre señalar a Wronsky como la persona que ha arruinado un matrimonio o ha roto una familia, pero sí se preparan para lanzar sobre Ana comentarios despectivos y repudiarla por sus actos. Esto no ocurre simplemente porque Ana cometa adulterio, pues como hablaremos más adelante, no se sanciona a Ana de la misma forma por su infidelidad que a su hermano, quien también lo ha cometido (repetidas veces, además). Tolstói, por tanto, critica el machismo existente en la sociedad, dispuesta a condenar a una mujer, pero no a un hombre, que cometan los mismos actos.

No obstante, la tendencia de las mujeres a criticar a Ana y a sentir envidia no es absoluta, podemos encontrar algunos ejemplos de mujeres que la admiran verdaderamente, y cuya inclinación es más similar a la de los hombres. Como la duquesa Elisa Mercalova que, según la duquesa Betsi –prima de Wronsky y en un principio, confidente de Ana- “[...] está chiflada por usted [por Ana] [...]. Dice que es usted una mujer de novela, y que si ella hubiera sido hombre, habría cometido toda clase de atrocidades solo por conseguir su simpatía. Y Stremov afirma que ya hace bastante siendo mujer.” (325). Este diálogo utiliza expresiones particularmente elocuentes para referirse al aprecio de esta mujer hacia Ana. Al continuar la lectura, se destaca un detalle revelador: la mujer de la que hablan, entra en la historia acompañada de otra que recibe el nombre de Safo. Así podemos interpretar, que en este fragmento y de forma sutil, Tolstói hace una referencia velada a la homosexualidad femenina; eligiendo bautizar como a la poeta griega, no a la mujer que está enamorada de Ana, si no a quien la acompaña, para que este detalle pase ligeramente desapercibido.

También la madre de Wronsky, quien viaja con ella en tren a Moscú, confiesa al despedirse de ella: “Es usted una de esas agraciadas y simpáticas mujeres que tanto conversando como en silencio tienen su atractivo. [...] Permítame que bese esa preciosa carita y que le diga con mi franqueza de anciana que me ha robado usted el corazón.”

(71). Aunque evidentemente, sus palabras tengan una inclinación completamente diferente.

En cuanto a los hombres, la mayoría siente fascinación por Ana nada más verla. Una primera impresión que se vuelve aún más favorable al hablar con ella, pues Ana sabe desenvolverse con mucho tacto en la esfera social y sabe cómo tratar a todo el mundo para que se sienta cómodo. En el libro encontramos varios ejemplos de esto, el primero, el mismo encuentro con el conde Wronsky, quien se enamora de ella a primera vista, tras encontrarse con ella en la estación al ir a recoger a su madre.

Otro ejemplo bastante significativo es el momento en que Levine conoce a Ana. Levine, ya casado con Kitty, va a visitar a Ana por petición de Esteban Oblonsky y de Wronsky, y ella, aprovechando sus habilidades y su físico, consigue que Levine se enamore momentáneamente de ella: “Ana no solo se expresaba con naturalidad e inteligencia, sino también con cierta modestia, no dando a sus ideas ninguna importancia y mucha, en cambio, a las de Levine”.

*Levine no dejaba de observar la belleza, la distinción, el ingenio, la sencillez y la llaneza de Ana. Hablase o escuchara, pensaba en ella y trataba de adivinar qué ocurría en su interior. Y después de haberla juzgado tan severamente, ahora, [...] la excusaba y compadecía, llegando incluso a temer que Wronsky no la hubiera comprendido.*

(738-744)

Así pues, Ana Karenina es un personaje tremendamente poderoso que, simplemente con un primer acercamiento, es capaz de ganarse la simpatía y la estima de aquellos con quienes se cruza. Conocerla no deja a nadie indiferente, sino que atrae la atención y la fascinación de quienes la rodean, dejando una profunda huella en su memoria.

### **Ana y Wronsky. Ana como amante**

La relación entre Ana Arcadievná y Alexiei Wronsky es muy intensa desde el principio. El encuentro en la estación de tren de Moscú, aunque breve, deja a Wronsky completamente fascinado y a Ana con cierta curiosidad. En este preciso momento de la historia, aparecen por primera vez los trenes. En esta novela las estaciones de tren y los propios trenes tienen un simbolismo muy importante y destacado. La propia Ana llega en uno y conoce en la misma estación al hombre que cambiará su vida. De esta manera, Tolstói nos indica la importancia de estas máquinas en el destino de la protagonista, la importancia del tren mismo como elemento que aparecerá allí donde la trama sufra un vuelco importante, un giro inesperado. Según Juan C. Rodríguez, en *Ana Karenina* existe “el símbolo básico del ferrocarril como enemigo de la naturaleza” (25). “Conocemos a Ana en la estación de tren. Al igual que la vida de Ana acabará precisamente también en una estación de tren arrojándose bajo las ruedas de un vagón de mercancías.” (26). Este autor explica de esta forma, que la primera estación a la que llega Ana, es una “estación de salida a la vida”, pues es entonces cuando el personaje de Ana comienza a estar vivo para el lector. Mientras, la estación a la que llega hacia el

final de la obra, es en realidad “una estación de llegada al fin”, pues es ahí donde acaba con su vida.

Así, la figura del tren marca el comienzo y el final de la historia de la protagonista, en momentos en los que la presencia de Wronsky resulta además, de capital importancia. Como se desarrollará más adelante, en el apartado “Suicidio como venganza”, la relación entre Wronsky y Ana parece dictada por el destino, como algo que ha de suceder inevitablemente, y que ha de tener, también de forma irremediable, un final trágico. Esto se ve reforzado por el simbolismo del tren, por esta figura que representa un trayecto ya trazado, de cuyas vías no pueden escapar.

Por otro lado, desde el principio de la novela, Ana es consciente del interés inapropiado que le demuestra Wronsky, y hace todo lo posible por evitarlo y acabar con él —a pesar de no querer reconocer que ella está exultante con el interés que recibe—: “Cada vez que él le decía algo a Ana, los ojos de ella cobraban un nuevo fulgor y una sonrisa de felicidad aparecía en sus labios. Ella daba muestras de hacer grandes esfuerzos para no dejar entrever estas manifestaciones inequívocas de la dicha que la embargaba, pero no lo conseguía.” (89).

Así pues, Ana trata de ignorarlo, y, tras el incidente del baile, en el que Kitty se da cuenta de lo que pasa entre ellos dos, vuelve a San Petersburgo antes de lo que tenía planeado para poner tierra por medio. Sin embargo él la persigue hasta la capital, y una vez allí hace todo lo posible por conquistarla, acosándola, prácticamente. La situación acaba siendo evidente para quienes los rodean. Finalmente Ana descubre que ella también se ha enamorado de él. Y se deja llevar.

Al comienzo de su relación, cuando Wronsky está intentando conquistarla, toma una actitud hacia ella de servidor humillado que se siente muy inferior al ser que ama, muy similar a la del amor cortés: “[...] cada vez que le dirigía la palabra a Ana, se inclinaba y se encogía ante ella, y su mirada era humilde y temerosa” (89). “Ella me ama y me concede el derecho de amarla, de venerarla.” y “Únicamente le pido una cosa: que me permita seguir tratándola y sufriendo como ahora sufro.” (151).

*[...] Estoy aquí porque está usted. No he tenido más remedio que venir.* (110)

*Nosotros no podremos ser nunca amigos. Eso lo sabe usted tan bien como yo. No hay más que un dilema: o seremos los más felices del mundo o los más desgraciados... De usted depende.* (151)

Estas citas revelan el rasgo que define la relación entre Wronsky y Ana, que ya hemos comentado: desde el principio, junto con la llegada del tren, sus vidas estarán marcadas por lo inevitable y por la tragedia. Ellos no tienen el poder de decidir sobre sus sentimientos ni sobre su destino, no pueden hacer otra cosa sino estar juntos; a pesar de saber que no podrán ser felices y que su historia está abocada a la desgracia.

Se debe puntualizar, sin embargo, que aunque funestas para ambos, las consecuencias no son las mismas para Ana que para Wronsky. En primer lugar, porque Wronsky está

soltero –aunque Kitty tenga esperanzas de casarse con él- y Ana está casada, y por tanto, su relación con Wronsky la convierte en una adúltera. En segundo lugar y más importante: porque Wronsky es un hombre y Ana es una mujer. Si bien el adulterio es siempre una traición al matrimonio -y en el contexto de la obra, un delito-, en *Ana Karenina* podemos ver cómo no siempre se trata igual a quienes lo comenten.

Sin ir más lejos, Esteban Oblonsky, hermano de Ana, comete adulterio en repetidas ocasiones, y tras ser descubierto por su mujer y estar al borde del divorcio, consigue su perdón. Es la propia Ana quien convence a su cuñada para que lo perdone y ninguna de las personas de su entorno recrimina directamente a Esteban por su comportamiento. Por tanto, se puede ver claramente, cómo el adulterio se castiga de distinta forma en función de si lo comete un hombre o una mujer. Además, hay que señalar, que la forma en la que se lleve la relación adúltera también influye en la repercusión social que pueda tener. Así, en los círculos aristocráticos que frecuenta Ana, el adulterio es muy común, e incluso sigue una serie de normas no escritas, las cuales entre otras cosas, consideran las relaciones adúlteras como deseables, siempre que sean de índole superficial y no se expongan a lo público. Esto es precisamente, lo opuesto a lo que deciden hacer Ana y Wronsky.

En estos círculos sociales, a la protagonista no se le reprocha su relación con Wronsky, sino que al contrario, se escandalizan ante su falta de discreción al no llevarla en secreto.

En cuanto a Wronsky, aquellos quienes conocen su aventura con Ana se dividen entre jóvenes que lo envidian por estar con una dama de la alta sociedad y de gran prestigio, personas de edad y de importancia social a quienes les preocupa el escándalo que va a provocar y que lo censuran; y por último, su círculo social de amistades de la alta aristocracia, quienes consideran el “perseguir a una mujer casada con el propósito de seducirla, [...] algo bello y grandioso que en modo alguno podía ser ridículo” (139).

La madre de Wronsky, en cuanto se entera de la aventura entre él y Ana se enfurece, censurándole y exigiéndole que vuelva a Moscú. Le molesta el que personalidades de gran importancia censuren a su hijo y el que la relación que tenga con Ana no sea “de esa índole frívola y graciosa propia de la gente educada y distinguida, sino que amenazaba convertirse en una pasión, trágica, a lo Werther, y ocasionar a su hijo un sinfín de disgustos.” (192). Su hermano mayor tampoco se pone de su parte, pues, según él, esa relación puede perjudicar las relaciones sociales con gente importante a la que conviene agradar.

Así pues, vemos que la conducta de Wronsky no se censura por intentar romper un matrimonio o por querer seducir a una mujer casada, madre de un niño; sino por tener una relación poco usual que los círculos sociales aristocráticos consideran “de mal gusto”.

La obra de Tolstói tiene diversas referencias a otras obras o autores de especial importancia en el siglo XIX. Una de ellas la vemos aquí, cuando la madre de Wronsky

cita a Werther, señalando, de nuevo, el carácter trágico de la pasión de Ana y el conde. *Werther* es una novela de Goethe, que después se adaptaría a una ópera, y que narra la triste historia del amor fracasado entre el joven Werther y Charlotte, casada con el amigo de este. La historia acaba con el suicidio de Werther y Charlotte confesándole su amor antes de que este muera. De hecho, esta novela guarda más parecido con la trama de *Ana Karenina* de lo que la condesa en un principio supone, ya que cuando Ana se encuentre al borde de la muerte tras su segundo parto, Wronsky intentará suicidarse con una pistola, igual que lo hizo Werther. No obstante, el paralelismo no es completo, pues Werther es un personaje romántico y ni *Ana Karenina*, ni ninguno de sus personajes pertenecen a esta corriente.

Wronsky, como es lógico, se indigna contra su madre y su hermano por no comprender su amor, y rompe relaciones con ellos. Es en este momento, cuando Wronsky empieza a ser plenamente consciente de la situación tan complicada en que se encuentran él y Ana, y a todo lo que tendrán que hacer frente si quieren continuar su relación. Toma la decisión de que lo mejor para ambos es romper todos sus lazos sociales y familiares y fugarse juntos. Sin embargo, se encontrará con una fuerte negativa de Ana, quien no quiere enfrentar el problema públicamente, ya que eso sería exponerse ella a las críticas de la sociedad y a seguros problemas legales con su marido, que incluyen la posible pérdida de la custodia de su hijo.

En esta situación se demuestra, como se demostrará a lo largo de la obra, que Ana quiere tomar las riendas de su situación e intentar solucionar su problema a su manera, por lo que rechaza de plano la medida tan drástica que propone Wronsky. La situación de ella es mucho más arriesgada que la de él, pues ella puede perderlo todo: su honra, su familia, su hijo, su posición, sus derechos... Ana ha comprometido todo lo que posee, no solo para estar con Wronsky, sino para convertirse en única y total responsable de su vida y de sus acciones. Ha dejado de ser esposa, para ser amante, eligiendo a quién ama y cómo lo ama, y por ello quiere seguir siendo ella la que decida cómo resolver la situación con su marido.

A pesar de todo, esta decisión suya también tiene un potente efecto negativo: ella debe soportar la dura carga moral y sentimental prácticamente sola y además, actuar como si no pasara nada para que la farsa se mantenga. Por otro lado, al enterarse de que está embarazada de Wronsky, esta carga se hace aún más pesada, volviéndose también, física. Por otro lado, esto, junto con la culpabilidad que siente porque Wronsky se ha puesto en peligro por ella, hace que represente el rol de esposa y en última instancia de madre sufridora que debe aguantar sin una queja las penas propias y las de sus seres amados.

Hay que señalar que Wronsky se preocupa por la situación y quiere resolverla cuanto antes, prefiere que se sepa la verdad, para evitar que Ana siga sufriendo y que tengan que esconderse a ojos de los demás. No obstante, nunca ofrece una solución realista al problema. No tiene en cuenta que Ana tiene un hijo y una vida ajena a su relación y que perderá lo poco que le queda si se fugan juntos y exponen su romance. De forma

paralela, él se interesa por su carrera militar, y sus ambiciones profesionales entran en conflicto con su relación con Ana. Por esto decide que en lugar de tomar una decisión precipitada que pueda perjudicarlo, dejará las cosas como están para seguir su carrera, e intentar ascender con el tiempo.

Esto se agrava cuando Ana se sincera con su marido, confesándole su infidelidad, y este le avisa de las terribles consecuencias que tendrá su comportamiento. Wronsky no entiende o no quiere entender la situación en toda su gravedad. Piensa simplemente, que el marido de Ana está ofendido y recurrirá a un duelo para intentar salvar su honor, cosa que este no piensa hacer. Alexiei Karenin pretende mantener su matrimonio en apariencia, forzando a Ana a seguir viviendo con él como si no hubiera pasado nada, negándole tanto el divorcio, como la separación de su vida en común. Con esto, evita que ella pueda vivir con Wronsky libremente, pues él no quiere “ser desgraciado por culpa de ella ni consentir que ella pueda gozar a sus anchas de su felicidad” sino que “deseaba que tuviera que arrepentirse de su conducta, que sufriera por haber manchado su honor y roto su tranquilidad” (309). Ana queda entonces, para su desesperación, retenida contra su voluntad y obligada a ser la mujer de un hombre al que odia, lejos de aquel de quien está enamorada, bajo amenaza además, de que si no cumple con estas condiciones, tendrá que enfrentarse a ser repudiada y a perder la custodia de su hijo.

En el mejor de los casos, todo lo que podría conseguir, es un divorcio en el que ella será la mayor perjudicada, pues perderá su posición, sus derechos, y a su hijo, ya que su marido le negará la custodia como parte de su “castigo”. Con su actitud egoísta e ingenua, Wronsky falla a Ana cuando más lo necesita: ella necesita que él comprenda la situación en toda su complejidad y la apoye para encontrar una solución que evite la pérdida de su único hijo. Una solución que evite que ella lo pierda todo, cuando Wronsky en realidad actúa de forma paternalista, pensando que será él quién, mediante un duelo, se gane el derecho de tener a Ana como esposa.

Con todo esto, se muestra que Wronsky siempre actúa para satisfacer sus sentimientos y sus deseos, sin pensar realmente en cómo las consecuencias perjudicarán a Ana. Además, puede que debido a su juventud y a su falta de experiencia, no sea capaz de ver la complejidad de la situación en la que se encuentran ambos, y por ello no tiene en cuenta que sus decisiones y sus actos afectan a más personas de las que él cree.

A partir del momento en que Ana se ve obligada a convivir bajo las estrictas reglas de su marido, la relación entre Wronsky y Ana empieza su declive. Ella, celosa de la libertad de él y amargada por su situación, empieza a odiarlo; y él, agobiado por la continua necesidad de Ana de tenerlo a su lado y de sus celos, empieza a notar cómo poco a poco su amor por ella se va enfriando.

Su marido decide finalmente denunciarla para conseguir el divorcio y quitarle a Sergio, su hijo, después de saber que Ana sigue viéndose con Wronsky. Es entonces cuando Ana se pone de parto y debido a las complicaciones, enferma de muerte. Estando agonizante, dice arrepentirse de todo lo que ha pasado, y pide a su marido su perdón para poder morir en paz. Su marido la perdona y ella, milagrosamente, se recupera, por

lo que este decide olvidar el divorcio y vivir con ella. Wronsky, con el dolor de haber perdido a Ana, y humillado y avergonzado por cómo se ha comportado, intenta suicidarse pegándose un tiro. Después de todo lo ocurrido, las acciones de Wronsky siguen estando motivadas por un comportamiento egoísta. No se para a pensar en el daño que ha causado a Ana y a su familia, ni en su hija recién nacida, que necesitaría a su padre –aunque legalmente no se reconocerá con el nombre de Wronsky-. Lo único en lo que piensa es en sus propios sentimientos, en su vergüenza y en que ha perdido a Ana.

Su intento fallido de suicidio le sirve, no obstante, para reconciliarse consigo mismo: “Era como si con aquella tentativa de suicidio hubiera conseguido borrar la vergüenza y la humillación que anteriormente le habían atormentado” (477). Supone para él una especie de penitencia que le permite volver a empezar de nuevo, como si estuviera “limpio de pecado”, con lo que puede volver a su antigua vida. Esto refleja a un Wronsky que solo parece concebir la solución de los problemas por medio de la violencia: cuando esperaba resolver su situación con el marido de Ana solo se le ocurría la posibilidad del duelo para zanjar la cuestión, y otro tanto ocurre con su propia situación después de que Ana vuelva con su marido. Este personaje, se presenta así como el opuesto a Aleixei Karenina, quien rechaza la violencia siempre. El militar frente al hombre de Estado, el amante frente al marido, pasión frente a frialdad, juventud y belleza frente a vejez y fealdad.

Tras lo ocurrido, y comprendiendo que su vida en común es insoportable, el marido de Ana accede a todas las peticiones que pueda tener ella. Le da total libertad y así ella puede finalmente volver con Wronsky. Sin embargo, ella sigue sin ser capaz de sobreponerse a la vergüenza y la culpabilidad que siente. Sigue deprimida y pensando que debería haber muerto, quizá porque ella ya no entiende como razonable la posibilidad de ser feliz con Wronsky, formando una familia con sus hijos. Aún siendo lo que realmente desea, se siente culpable porque todo ello: el divorcio, el ser feliz con quien ella quiere y no con quien la hicieron casarse; significa que tiene entera libertad para disponer su vida como quiera, sin atender a los preceptos de la religión ni a lo que se considera socialmente aceptable. Después de todo lo ocurrido, piensa que no tiene derecho a ser feliz, que debería ser castigada –con la muerte, pues no soportaría otro tipo de castigo-, y que su historia debería acabar de forma violenta y trágica, pues desde el principio ha sido así.

De esta manera, esa forma de concebir su vida, lleva a Ana a rechazar la oferta de divorcio de su marido, e incluso, aunque en un principio se interesa por lo que pasará con su hijo, Wronsky y ella deciden marcharse juntos a Italia, renunciando al divorcio y a la custodia de Sergio. Con esta precipitada decisión, se entiende la urgencia por verse libres para vivir juntos, sin sentirse juzgados y sin alargar más la espera con los trámites para realizar el divorcio, que en Rusia podrían alargarse debido a la lentitud de su burocracia. A esto contribuye su intento de infligirse algún sufrimiento: “He causado un mal y por eso no quiero obtener una felicidad que no merezco: he renunciado al divorcio y he cargado con el oprobio y, además, con el dolor de verme separada de mi

hijo.” (507). Sufrimiento que desea sentir, debido a la gran culpabilidad con que carga, por considerarse, a causa de la presión social y de su educación machista, una “perdida”, una mujer indecente que ha abandonado a su familia –por la que tendría que sacrificarse como toda esposa y madre abnegada- para irse a vivir con su amante, cumpliendo así su deseo carnal. Y por todo esto se la repudia.

Pero pese a que lo intenta, no consigue ser infeliz, tanto es así, que se da cuenta de que en su relación con Wronsky ha cambiado el equilibrio de poder: ahora es ella quien se somete a él por entero, y quien lo adora por encima de todo: “Ella no quería que Wronsky advirtiera ese estado de inferioridad en que se hallaba respecto a él [...] pues temía que [...] la amara menos.” (508).

En cuanto a Wronsky, ahora que tiene todo lo que deseaba, vuelve a sentirse insatisfecho. Su vida con Ana no es como la había imaginado, y al no tener ninguna ocupación ni trato social que lo distraigan, se aburre enormemente. Al poco tiempo de estar en Italia, Ana y él deciden volver a Rusia. A su vuelta a San Petersburgo, se dan cuenta de que la sociedad en general y prácticamente todas sus amistades y conocidos evitan su trato y se niegan a ver a Ana, por no haber obtenido el divorcio. Incluso la duquesa Betsi, prima de Wronsky, amiga de Ana y confidente de ambos al comienzo de su relación, se niega a tratarla hasta que consigan legalizar su situación. Se dan cuenta entonces de la enorme hipocresía que existe en su círculo social, aquel que precisamente dice reírse de las convenciones y de los valores morales de la religión, pero que no parece ser capaz de verlos a ellos sin sentirse amenazados y criticados.

En San Petersburgo la relación de Ana y Wronsky se vuelve más difícil. Acosados por la presión social, que obliga a Ana a permanecer en casa y a no ver a nadie, ambos notan cómo la tensión entre ellos aumenta. Ana consigue ver a su hijo, y la visita deja una fuerte impresión en ambos. A partir de ese momento, Ana empieza a echarle la culpa a Wronsky de su situación; quien empieza a percibirlo, aunque ella no se lo dice, ni le cuenta la visita a su hijo, él nota que algo pasa. Wronsky considera a Ana como su esposa, así se lo hace saber a su familia y amigos, y de esa forma trata a Ana, quien empieza a tratarlo a él como trataba a su marido al comienzo de su relación con el conde. Él retoma su vida social en San Petersburgo, mientras que ella, aunque Wronsky la considere su esposa y digna del máximo respeto, debe renunciar prácticamente a todo trato social, a asistir a espectáculos, o básicamente, a dejarse ver por la ciudad. De nuevo Wronsky no comprende o no quiere hacerse cargo de la situación de Ana, quien empieza a sentir rencor hacia él y lo ve como el causante de la situación. En estos momentos, ella no se siente responsable de sus acciones ni siente culpa por lo que ha hecho.

El momento álgido llega cuando Ana, en un arrebato, decide ir al teatro en una noche en la que acudirá la mayoría de la sociedad de San Petersburgo. Su llamativo atuendo y su atrevimiento provocan los murmullos del público y hace que reciba un insulto de una señora antigua amiga suya. Wronsky se enfurece porque Ana lo ha desobedecido y se ha expuesto ella y a él a los comentarios de la gente. Este episodio evidencia una vez más

cómo Wronsky piensa que Ana debe comportarse, sin tener en cuenta sus sentimientos. Ella debe ser una esposa humilde y discreta, que no se expone a los comentarios de la gente, ni llama la atención, ni hace nada por iniciativa propia.

En esta escena, vuelve a apreciarse además, el cambio en el amor que Wronsky siente por ella, antes apasionado y completamente entregado, y ahora, que ya la considera suya “su amor hacia ella no tenía el atractivo de lo vedado, y por eso su belleza, aunque seguía atrayéndole, y con más fuerza que nunca, pudo causarle una sensación de disgusto” (592). Un disgusto provocado por la falta de control que tiene sobre ella, que sigue siendo libre, tanto para amarlo a él, como para provocar a toda la sociedad de San Petersburgo con su atrevimiento. Disgusto también, porque ya no tiene el atractivo de la novedad, Ana es ya su mujer, y su belleza antes inalcanzable, de una persona que no era para él, ahora que ya son el uno para el otro, siente que esta lo retiene contra su voluntad a su lado.

Ana, por su parte, culpa a Wronsky de lo ocurrido en el teatro y de su vida desdichada. Le reprocha “si tú me amaras como yo te amo, si sufieras como yo sufro...” (595), con estas palabras le pide ayuda y comprensión, le pide que se ponga en el lugar de ella para entender todo lo que ha perdido. Le pide que no deje de quererla, porque es lo único que le queda y lo que necesita.

Tras el desagradable episodio se trasladan al campo, donde consiguen hacer las paces y vivir, aparentemente, más felices. Sin embargo Wronsky busca constantemente algo para distraerse, ya que según Ana “los hombres como Aleixei [Wronsky] necesitan distracción [...] si aquí no le faltan las alegrías ni las diversiones, no pensará en ir a buscarlas en otra parte” (662). Esto evidencia el temor de Ana a perderlo, ya sea porque busque ocupaciones que lo mantengan fuera de casa durante el día, o porque piense que puede irse con otra mujer.

En mitad de su apacible vida en el campo, Dolly va a visitarlos para ver a Ana y demostrarle que sigue queriendo su amistad. A través de los ojos de Dolly, podemos ver cómo se desarrolla la vida de la pareja, y cómo esa aparente felicidad, no es verdadera en realidad. Ana dice ser feliz, y Wronsky cree que lo es, pero ella se engaña a sí misma y a los demás, intentando no pensar en el divorcio y en su hijo Sergio, ya que sufre por no poder estar con él, la misma Dolly así lo piensa “<<es como si no quisiera ver su propia vida>>” (670). La falsa felicidad de ambos es solo temporal, debido al cambio de aires y a no tener que sufrir directamente el rechazo social de la capital, aunque poco a poco se irá descubriendo que la situación no es tan ideal como ellos quieren creer. La burbuja en la que vive Ana se rompe pronto: ella no será feliz sin tener a su hijo con ella y a Wronsky, y este solo intenta ocuparse cada vez más con distintas tareas para no aburrirse y para defender su “independencia de hombre”.

Wronsky, como ya hemos dicho, considera a Ana su esposa, pero Ana no solo quiere ser su esposa, o mejor dicho, ni siquiera quiere serlo -en el sentido tradicional de la palabra- “tengo que escoger entre estos dos caminos: o ser una mujer encinta, es decir, una enferma, o una amiga, una camarada de mi esposo...” ella misma afirma “yo no soy

una esposa. Lo tendré mientras me ame. Y no pretenderás que mantenga su amor con esto-. Se puso las manos delante del vientre.” (679,680). Esto lo razona con Dolly, contándole que no quiere tener más hijos y afirmando que no los tendrá –podemos deducir que después de su último parto, o su enfermedad le imposibilita tener más hijos, o el médico le explicó cómo hacer para no quedarse embarazada, evitando así otro parto peligroso-. Ana toma así las riendas de su vida y se hace dueña de su cuerpo: no expondrá su salud ni dedicará sus energías y su tiempo a la crianza de los hijos, hijos bastardos que no podrían llevar el apellido de su padre “criaturas desgraciadas que no llevarían su verdadero apellido y que desde su nacimiento estarían condenadas a avergonzarse de sus padres. [...] ¿Qué mejor empleo puedo dar a mi inteligencia que el de no traer al mundo unos seres que forzosamente han de ser desgraciados?” (680).

Ella quiere ser una igual para Wronsky, una mujer que lo ama pero que es libre para decidir sobre su vida. Esto es algo que Wronsky evidentemente, no entiende y por ello, no la trata como tal, sino como a una esposa normal, como la trataba su marido, lo que da lugar a que su relación, vaya poco a poco, destruyéndose.

La falta de comunicación entre Ana y Wronsky contribuye a la erosión de su relación: parece que a ambos les da miedo hablar de sus sentimientos y de sus problemas con el otro, cuando antes eran sus principales confidentes. Incluso Wronsky llega a pedirle ayuda a Dolly para que hable con Ana sobre la cuestión del divorcio “ayúdeme a convencerla [a Ana] de que escriba a su marido pidiéndole la concesión del divorcio. [...] Yo no quiero, y casi me atrevería a decir que no puedo, hablarle de este asunto” (670).

Su vida sigue transcurriendo de este modo, Wronsky siente la necesidad de recordarle a Ana que su “libertad de hombre” es un derecho al que no va a renunciar por ella “<<Al principio –se dijo-, tal vez le disguste esta novedad, pero ya se irá acostumbrando. Yo puedo dárselo todo menos mi independencia de hombre>>” (687). Ana por su parte, intenta aguantar lo mejor que puede la soledad a la que la somete la ausencia de él. Su miedo a que las fuertes discusiones causadas a cada marcha de Wronsky provoquen que él deje de quererla, intenta cambiar su actitud y ser paciente. Sin embargo, se indigna y se siente humillada:

*<<Él tiene derecho a marcharse cuando le viene en gana. Y no solo a marcharse, sino a abandonarme, si este fuera su deseo. Él tiene todos los derechos y yo ninguno... ¿Qué debo hacer? [...] Lo cierto es que antes no me miraba de ese modo. Esto significa que su cariño empieza a enfriarse>>. (710)*

Es este fragmento, uno de los ejemplos más claros que encontramos en la narración de que es el propio Tolstói quien habla a través de las palabras de Ana. Tras este alegato, se encuentra uno de los argumentos del autor a favor de la igualdad de sexos. Una protesta acerca del interés carnal que mueve a los hombres, una forma de opresión de las mujeres, de no tomarlas en serio ni dejarlas participar en la vida pública.

*Y, como en otras ocasiones semejantes, recurrió durante el día a las ocupaciones y de noche a los hipnóticos para acallar las pavorosas ideas que la acometían cuando temía que él dejase de quererla.*

*<<Lo único que puede impedir que me abandone [...] es conseguir el divorcio y casarme con él>>. Y decidió acceder a ello en cuanto volvieran a pedirselo.” (710)*

Así, vemos a una Ana angustiada y con la incertidumbre de no saber qué será de ella en un futuro en el que Wronsky podría cansarse de ella y la abandone. Él dice que puede dárselo todo, excepto su libertad, y ¿en qué consiste ese “todo”? ¿Qué ha ganado Ana realmente al abandonar a su marido, su hijo, sus derechos, su vida, su mundo, en general, al irse con un hombre que dice amarla pero que no quiere estar dos días seguidos viviendo a solas con ella? Ana deja a su marido porque quiere vivir, porque quiere sentirse amada y ser una persona completa, y no una esposa encerrada en su casa. La verdad es que la situación de Ana empeora al irse a vivir con Wronsky. Para colmo de males, lo único que la hacía soportar cualquier difícil situación, el amor de él, parece que poco a poco se va diluyendo, siendo sustituido por el rencor de quien no quiere sentirse “asfixiado”. Incluso cuando la tía de Ana, que vive con ellos una temporada, señala que Ana está abusando de los sedantes para tranquilizarse y dormir, Wronsky no hace ningún comentario al respecto ni se interesa por la salud física o psicológica de ella.

*[Wronsky] Observaba fríamente el peinado y el vestido de Ana, sabiendo que ella se había arreglado así para recibirle. Estos detalles no dejaban de agradaarle, pero ¡se habían repetido tantas veces...! (712)*

*Solo quiero que comprendas que puedo tener deberes ineludibles. Por cierto, que pronto tendré que ir a Moscú por asuntos del negocio... ¡Pero, mujer...! ¿Por qué te pones así, si sabes que sin ti no puedo pasar? (712)*

Cuando tras estas declaraciones Ana le dice que ella le acompañará a Moscú, él se siente “perseguido y cercado” (712). Es ciertamente irónico, que el autor elija precisamente esa expresión para reflejar los sentimientos del personaje, un personaje al que se podría comparar con el perro del hortelano, pues él mismo fue quien, al principio de la relación, perseguía a Ana a todas partes. Entre sus amistades y las de Ana, se lo calificaba de “sombra” de esta, pues no dejaba de seguirla allá donde fuera. Primero fue tras ella cuando decidió dejar Moscú antes, viendo lo que empezaba a pasar entre ella y Wronsky. El insistió, cogiendo el mismo tren que ella e incluso acercándose a hablarle cuando su marido fue a recogerla a la estación. Durante meses estuvo provocando encuentros entre ellos en los lugares en los que coincidían. Después, una vez que estaban juntos, y cuando ella lo necesita, en lugar de comprenderla y de intentar buscar una solución real a su situación, se dedica a fantasear con un duelo que nunca ocurrirá entre Karenina y él. Cuando Ana se encuentra al borde de la muerte y dice arrepentirse ante su marido, él se lamenta por haberla perdido, intenta suicidarse. Tras no conseguirlo, intenta despedirse de ella antes de volver al ejército. Cuando finalmente

vuelven juntos y tras una temporada felices, se aburre, y se dedica a reafirmar su independencia a toda costa.

Esto demuestra, que el único deseo de Wronsky es poseer el cuerpo de Ana y poseerla como persona, es decir, poseerla como esposa –como ya hemos referido-. En su concepción machista, al igual que le ocurre a Aleixei Karenina y le ocurre también a Levine, la mujer, cuando se entrega al hombre, pasa a ser una propiedad de este, y por tanto, debe someterse a la voluntad de este. Al afirmar Wronsky que considera a Ana como su esposa, está afirmando también que la considera suya, para gobernar sobre ella. Ana, ya como ya sabemos, desea ser una compañera, una igual en su relación con Wronsky, no una propiedad de este, y le exige una entrega igual a la suya. Él no está dispuesto a concedérsela, y ahí surge la problemática de la relación.

Así pues, Ana se encuentra en creciente tensión, estando atrapada en una relación en la que ambos están cada vez más resentidos el uno con el otro. Ana se vuelve celosa, puesto que una vez trasladados a Moscú, y a la espera del divorcio, no le queda otro remedio que buscar pasatiempos y ocupaciones en la casa, pues no puede salir y dejarse ver. Sin embargo su situación empeora:

*¿Por qué no ha venido esta tarde, habiéndome prometido venir? [...] No desaprovecha ninguna ocasión para hacerme ver que tiene sus obligaciones. Yo no lo dudo [...]; pero, ¿a qué este empeño en mostrármelo? [...] Quiere que me percate de que su amor no debe ser un obstáculo para su libertad. Pero a mí no me hace ninguna falta convencerme de ello. Lo que yo necesito es amor. Él debía comprender que mi vida aquí es insoportablemente aburrida. ¿Acaso esto es vivir? (747)*

Llegados a este punto, Ana se siente completamente desesperada, no aguanta la hostilidad y frialdad con que la trata Wronsky, e incluso empieza a preocuparse por su propia salud. Wronsky se defiende “¿A qué viene esto? ¿Acaso busco diversiones fuera de casa? ¿Es que no evito alternar con mujeres?” (749) –siendo esta última una declaración que refleja su forma de pensar: el hacer un esfuerzo por contenerse y no engañarla con otras mujeres es una prueba de su supuesto amor-. Cuando ella concuerda con él, este responde “Entonces, dime qué debo hacer para que estés tranquila. Haría cualquier cosa con tal de que fueras feliz”. Esta declaración, ya lo sabemos, no es sincera. O no implica todo lo que a Ana le gustaría. Es simplemente una forma de salir del paso, que además, insinúa, que ella se excita demasiado sobre esa cuestión, que para él no tiene importancia. Que no debe preocuparse, porque “son cosas de hombres” y, básicamente, no es asunto suyo. Con estas declaraciones vuelve a dejar claro que el terreno de la mujer es el doméstico, mientras que el hombre tiene derecho a todo lo demás. A ella le pertenece la casa, el hogar, y el mundo de fuera le está vedado.

La relación alcanza un punto en el que no parece haber retorno. Las discusiones y peleas se suceden y cada vez son más fuertes: Ana culpa a Wronsky de todos sus pesares, siendo él la única persona en quien puede apoyarse para buscar consuelo, también es la única persona a quien puede achacarle todo lo que va mal en su vida, aparte de sí misma. En su fuero interno intenta corregirse y echarse las culpas ella misma, diciendo

que sus celos y su enfado no tienen fundamento; con un comportamiento típico de la mentalidad femenina, que debido a la educación recibida, tiende a asumir las culpas y la responsabilidad de los problemas domésticos. Por otro lado, y debido a la educación recibida, Ana busca en Wronsky la solución a todos sus problemas, la reafirmación como persona que debe procurarse ella misma, deja que recaiga toda en él, para que la complete y solvete sus carencias emocionales, creando esta relación tan dependiente.

Wronsky por su parte, no quiere que sigan las discusiones, pero aún así no está dispuesto a asumir su parte de culpa y se muestra paternalista, frío, severo, como si fuese él el único que es racional en la relación y desprecia los intentos que Ana hace por distraerse en su encierro. Se desespera cuando Ana intenta participar en sus actividades, y no se da cuenta del sufrimiento de Ana. Se preocupa por normalizar su situación, pero no de los sentimientos que pueda experimentar Ana por esta. Dice que quiere el divorcio “por tu bien y por el de los hijos que podamos tener” y que “estoy convencido de que tu irritabilidad proviene principalmente de la falsedad de tu situación” (799). Como vemos en estas citas, él no se siente parte de la difícil situación que enfrenta Ana, sino que deja que ella sola pase por ella, sin hacer otra cosa que evitar todo lo posible estar en casa, asistiendo a numerosos compromisos sociales.

En este momento, su actitud hacia Ana es muy similar a la del esposo de esta cuando se dio finalmente por vencido al intentar convencerla de que su relación con Wronsky la llevaría a la perdición. En esa ocasión, el marido adopta la actitud de quien “después de realizar toda clase de esfuerzos para apagar un incendio, se enfada al fin y exclama: “-Ya te las compondrás como puedas, por mí te puedes abrazar-” (219). Wronsky por su parte, ante la actitud de Ana piensa “Yo no tengo la culpa. Si ella quiere torturarse, *tant pis pour elle*” (801). Expresión que en francés significa algo así como “peor para ella”.

Se comprueba entonces que, en realidad, Wronsky es tan insensible a los deseos de Ana como lo fue su marido en su momento, y que su amor por ella es egoísta, pues solo busca la satisfacción propia y no la felicidad común. Es cierto que él quiere la paz, pero una paz en la que ella sea la esposa sumisa, discreta y humilde que se queda en casa esperándolo, que acepta el amor que él quiera darle. Una esposa que se casará con él y le dará más hijos y cuidará de ellos. Una concepción machista y misógina como ya hemos señalado, que Ana no desea y que hizo en primer lugar, que abandonase a su marido en busca de alguien que la tratase como una persona y no como una digna ama de casa.

Ella, ya lo mencionamos anteriormente, quiere vivir, vivir una vida completa, en lugar de que esta quede relegada a lo que los roles del género femenino le deparan. Es por eso que se dedica a leer y a aprender todo lo que puede de arquitectura, agricultura y deportes, para poder ser útil a Wronsky en su proyecto de construir un hospital y en sus otras aficiones. Se dedica a la literatura infantil y a la educación de los niños de una familia que está a su servicio y que ella acoge. Sin embargo, cuando no soporta más la situación a la que han llegado las cosas y cree que Wronsky ya no la ama, se da por vencida y se propone suicidarse:

*La muerte le parecía entonces el único medio de reconquistar el amor de él y, además, de hacerle pagar sus culpas y de triunfar en aquella lucha a la que la incitaba un espíritu maléfico agazapado en su corazón. La marcha, el divorcio, le parecían ya cosas insignificantes. Lo único que tenía importancia era hacerle pagar sus culpas.*  
(803)

En su forma de pensar, Ana cree que está “poseída” de alguna manera por un impulso maligno que la hace discutir con Wronsky y que la obliga a no ceder. Una y otra vez, se esfuerza por asumir la responsabilidad y la culpa del deterioro de su relación con Wronsky. Sin embargo, después de todo lo que ha pasado el personaje, podemos ver que ese “impulso maligno” no es sino su voluntad y su deseo de vivir como una persona completa. Esa continua lucha que mantiene con Wronsky, es su negativa a aceptar pasivamente su situación sin hacer nada, su rebelión por aceptar su posición de mujer del siglo XIX. Ana, una vez que se decide a abandonar a su marido, no vuelve a ser la misma. Deja de aceptar su rol pasivo en la sociedad y decide tomar las riendas de su vida, y es en realidad esto lo que causa el rechazo social y lo que hace que Wronsky se sienta atrapado en una relación agobiante, porque Ana no permite que él tenga una vida completamente ajena a ella, sino que quiere compartir la suya con él y quiere ser partícipe de la suya en todo lo posible. Cuando esto no es posible, Ana decide que su única salida, después de haberlo intentado todo, es la muerte. Una muerte que no solo la liberará a ella, sino que será un último grito, una declaración de fuerza y de independencia; así como la venganza sobre el hombre que hizo que arruinara su vida para, finalmente, no ofrecerle nada a cambio.

### **Ana y su marido. Adulterio en *Ana Karenina***

El matrimonio de los Karenin está marcado por la corrección y el decoro. Las personas que tienen ocasión de relacionarse con la pareja, perciben sin mayor esfuerzo la existencia de una frialdad entre ambos. Dolly Oblonsky, al pasar un tiempo en su casa “creyó descubrir un no sabía qué de falso en las relaciones de los esposos” (75). Esto no es casual, la relación entre los esposos Karenin, está basada desde su mismo origen en el deber del cumplimiento de la palabra. En esta época, eran muy frecuentes los matrimonios concertados por algún familiar de la novia, normalmente los padres. En el caso de Ana, que vivía con su tía, fue esta quien se encargó de arreglarlo para que Alexiei se declarase a Ana. Esta declaración fue hecha bajo la presión de la tía de Ana y prácticamente bajo amenaza, ya que la mujer era una dama importante y tenía influencia sobre el cargo que desempeñaba Alexiei en aquel momento.

Alexiei Karenin, tiene fama de hombre inteligente, excepcional en cuestiones políticas y asuntos de Estado. Es en conjunto, un hombre de Estado y útil a Rusia. Es también muy ambicioso en cuanto a su carrera profesional, que es lo más importante en su vida. En su egoísmo, Ana no es sino un complemento más en su éxito social y profesional. En realidad no existe amor entre los esposos. Por otra parte, la relación está marcada por un fuerte paternalismo hacia Ana, un sentimiento de posesión sobre ella, basados en la

creencia de Karenin de que tiene derechos sobre ella “ vio cómo él, seguro de su dominio sobre ella, la cogió de la mano” (113). Además, utiliza a menudo un tono condescendiente y sarcástico para dirigirse a ella “-Ya lo ves, Ana: tu esposo, tan lleno de ternura y cariño como el día de nuestra boda, ardía en deseos de verte –dijo en aquel tono apacible y finamente irónico que solía emplear” (112). Sin embargo, este paternalismo no evita que, en momentos en que él lo cree conveniente, se muestre severo y serio con Ana, como un padre que utiliza su autoridad para corregir a su hijo.

Ana por su parte, se siente feliz –o eso cree-, aunque no realizada, cuando cumple con sus tareas de ama de casa y de madre entregada. Esta es una satisfacción que proviene del saberse una mujer obediente: aquella que hace lo que se espera de ella, que realiza las tareas que el sistema patriarcal exige de toda mujer que quiera sentirse respetada, honrada y considerarse decente. “Para recobrar la calma, se fue al cuarto de su hijo y pasó con él el resto de la tarde” porque una mujer no debe alterarse nunca, no debe ser una “histérica” y la forma de redimirse la encuentra entregándose de lleno a sus deberes de madre y esposa. “Ella misma lo acostó y lo arropó cuidadosamente. Y al pensar en lo bien que había pasado la tarde sin salir de casa, se sintió muy satisfecha.” (119). Esta es otra de las cualidades de una mujer decente: no debe salir demasiado, pues el espacio público queda reservado para los hombres. De esta manera, las mujeres quedan relegadas al espacio doméstico. El propio Stuart Mill, una importante figura del feminismo en Inglaterra, así lo dice en su tratado sobre la cuestión de la mujer *The Subjection of Women*.

*Experimentaba una gran calma interior, una especie de ligereza espiritual, y veía claramente que lo sucedido durante a su regreso a San Petersburgo, aquel incidente que tan significativo se le había antojado, era tan solo un hecho insignificante de su vida. Una vez más, se dijo que no tenía por qué avergonzarse de lo ocurrido. (120)*

Aquí, vuelve a hacerse patente, con claridad, el hecho de haberse reconciliado consigo misma, habiéndose comportado como una mujer obediente y haber cumplido con las tareas que se consideran propias de su género. Además, se hace patente la culpabilidad, la creencia de tener que avergonzarse porque un hombre la haya puesto en una situación comprometida. Es especialmente significativa esta última, pues, a pesar de haber querido evitar más encuentros con Wronsky, adelantando su marcha y dejándole claro que rechazaba sus atenciones, es ella la que siente vergüenza y culpabilidad por la situación en la que él la coloca. Situación de la que ella no tiene ninguna responsabilidad, al contrario, es ella la víctima del acoso de Wronsky.

En cuanto a la noticia del matrimonio Oblonsky, Alexiei Karenin condena duramente el adulterio que comete el hermano de Ana: “-Ese hombre no tiene disculpa y perdona que te hable así de tu hermano –dijo severamente Alexiei Alejandrovitch.”. Sin embargo, esta crítica contiene la intención de aleccionar a Ana y ella lo sabe perfectamente: “comprendió [Ana] que él había dicho aquello solo para indicarle que el hecho de que el mal ejemplo viniera de un pariente no podía hacerle cambiar respecto a sus convicciones sobre la conducta conyugal.” (120). Por tanto, su marido no se limita a

condenar la forma de conducirse de su cuñado, o más bien, no le interesa esto, sino advertir a Ana de que es una conducta totalmente inaceptable. Con ello, en lugar de compadecerse de su cuñada o de posicionarse en contra de su cuñado, lo utiliza como ejemplo para recordar a Ana sus deberes de esposa y corregir posibles desviaciones, como un profesor o un padre con un niño al que debe educar. De una forma paternalista propia de su rol de género.

Encontramos otra situación en la que Ana siente culpa por no haber “cumplido con sus deberes de esposa”. En una ocasión, su marido le pregunta “¿y qué dicen de mi nueva posición en las esferas de la alta sociedad?” ella “no había hablado para nada de esta cuestión y se avergonzó de haberse conducido con tal ligereza respecto a un asunto para ella tan importante.” (120). Esta vez se señala la obligación que debe tener la esposa por interesarse en la ocupación e intereses del marido. Así, la mujer pone su capacidad por entero al servicio de su esposo, no solo en cuestiones domésticas, sino en todo lo que le sea posible, con su trabajo, su imagen social, su reputación... recayendo en ella también, evidentemente, la honra de este, para lo cual, debe conducirse con una discreción y rectitud que eviten que se les señale, y evitar que su sexualidad se salga de la norma.

Alexiei Karenin se conduce frecuentemente según la opinión de los demás, algo no poco frecuente para la época y los círculos sociales en los que se mueve. Por esto y solo por esto, considera el comportamiento de Ana inadecuado en la fiesta de Betsi. En principio a él no le parece que su conversación con Wronsky tenga nada de particular, pero al ver la reacción tan negativa que provoca en los demás, empieza a cuestionarse si no ocurre algo que no consigue ver. Le preocupa la posibilidad de que su mujer esté enamorada de otro, pero se niega a sentir celos, pues lo considera algo humillante y que rebajaría a Ana. Y es entonces cuando se cae en la cuenta de que Ana es una persona independiente, una persona con sentimientos y pensamientos propios, no un objeto más que decora su casa y su persona. Esto le asusta “penetrar en el pensamiento y alma de otra persona era algo que chocaba con su manera de ser. Lo consideraba como una cosa nociva, como una fantasía peligrosa” (155). Vemos de nuevo el problema de la comunicación en las relaciones, incluso en una relación tan íntima como la de la pareja casada, en la que no existe el entendimiento mutuo ni la comprensión hacia la otra persona. Ana le cuenta a su marido sus problemas “Alexiei estaba habituado a que ella le comunicara todas sus penas y todas sus alegrías”, pero esto no parece ocurrir en sentido inverso. Su relación, como ya hemos mencionado, se basa entonces en el paternalismo del marido, que escucha los problemas de Ana y trata de lidiar con ellos, mientras que él se reserva compartir con ella sus asuntos. Esto lo acentúa el hecho de que Alexiei Karenin considera la vida doméstica algo accesorio, algo que no debe molestarlo ni interferir con la ocupación que es verdaderamente valiosa: servir al Estado ruso.

Un rasgo peculiar del carácter de Karenin es la gran importancia que otorga a su trabajo sobre todo lo demás. Tanto es así, que considera que su vida tiene valor por lo útil que

resulta al Estado y piensa, en cuanto a retar a un duelo a Wronsky para recuperar su honor mancillado: “mis amigos procurarían evitar el desafío para impedir la posible muerte de un hombre de Estado útil a Rusia” (308). Debido a esto, en un primer momento, lo primero que cruza su mente es la molestia que pueda causarle este problema con su mujer, el que pueda afectarle a su trabajo ministerial, al que considera mucho más importante. “Ahora estoy enfrascado en un [...] proyecto de ley que he de presentar al Gobierno [...] y he aquí que [...] se me viene encima este inquietante y absurdo problema.” (155 – 156). Pone término a su turbación diciéndose que los sentimientos de Ana son un asunto que hay que dejar a la religión y que a él solo le corresponde “como jefe de la familia, debo dirigir a mi esposa, pues soy el responsable de sus actos. Por consiguiente, he de hacerle ver el peligro que yo veo y defenderla contra él, empleando la fuerza si fuera preciso.” (156). Así vemos como, en la mentalidad machista de Karenin, su mujer no tiene la capacidad para tomar decisiones y ser autónoma, sino que, como un niño pequeño que no sabe razonar, hay que enseñarla y conducirla para que sus actos no la lleven por el mal camino. No obstante, esta mentalidad, de nuevo, tremendamente paternalista, no evita que, una vez consumado el adulterio, se haga a Ana entera responsable de este, como se haría a cualquier persona que se considere capacitada para tener plena consciencia de sus actos y decisiones. Por supuesto, no hay que olvidar el que puntualice llegar al uso de la fuerza en última instancia, lo que no hace sino redoblar el paternalismo y el sentimiento de que Ana no es una persona como él, sino alguien por debajo de su marido y que además le pertenece para disponer de ella de la forma que desee. El justificar la violencia machista evidentemente, forma parte de la mentalidad del sistema patriarcal y de la explotación y la opresión de la mujer y de su cuerpo, que según esta mentalidad, no le pertenece a ella, sino al marido –o en su defecto, al hombre que la posea, ya sea padre, hermano o cualquier otro-.

De esta manera, Alexiei Karenin se propone amonestar a Ana no sin “poder evitar que le acometiera una especie de remordimiento al pensar que estaba empleando un tiempo precioso y toda su inteligencia en simples cuestiones de familia” (156); que ni merecen su atención ni su tiempo, pues no es su trabajo ocuparse de la familia. El espacio doméstico debería ser terreno de Ana y ella comportarse de forma que él no tuviese que molestarse en asuntos que no son suficientemente relevantes para su persona.

La estructuración del discurso que pretende dar a Ana es ya significativa de por sí, por la forma de ordenar las razones según sus prioridades:

*Primero le hablaré del significado y el valor de la opinión pública; luego, de la importancia y el sentido religioso del matrimonio; a continuación, si es preciso, de la desdicha que su conducta puede ocasionar a su hijo, y, finalmente, en cuarto lugar, de la desgracia que tal proceder puede suponer para ella. (156)*

Con este planteamiento se vuelve a recalcar la importancia que este personaje otorga al “qué dirán”, a la imagen que su matrimonio da a las demás personas, más que a su propia felicidad conyugal. En relación con esto, está la segunda cuestión, la de la

religión, que para Alexiei Karenin, al menos en esta parte de la obra, no es sino una máscara más, la de aparentar ser buen cristiano, pero sin asumir realmente los valores de la religión. Deja para el final los posibles efectos que pueda tener en la felicidad o desgracia de su hijo y en la de ella. Es decir, para él, lo menos importante es la felicidad de su mujer y su propio hijo si un escándalo de esa magnitud llegase a ser cierto. Él mismo ni siquiera se incluye en la ecuación, quizá porque entiende que su felicidad – que no su reputación y honor- no depende de ello. De modo que Alexiei Alejandrovitch Karenin se muestra como un hombre extraordinariamente frío y sin emociones, que conduce su vida de forma completamente racional; sin pensar en el posible cariño de su familia, no pareciendo ver en ella nada más que mera una asociación de personas que han acordado vivir juntas.

Alexiei Karenin se dispone, por tanto, a “amonestar a su esposa por su conducta inconveniente a los ojos del mundo”, y cuando lo intenta, se da cuenta de que no es capaz de reprenderla sin acercarse peligrosamente a los sentimientos de Ana. Esta intenta disimular, pero él nota que finge e intenta razonar con ella. Pronto se percató de que le es imposible limitarse a desarrollar su discurso, pues no entiende que no es un asunto de política del que están hablando, sino de sus propias vidas. Lo que comienza en este punto de la obra es la historia de Ana y Wronsky, la relación que destrozará sus vidas; un asunto del que no se puede hablar de forma fría y metódica. Pero él, al no darse cuenta de lo importante que es la vida familiar y los sentimientos que unen a las personas, se niega a exponerse o a tratar de entender lo que siente Ana, lo que, irónicamente, hará que ella se entregue al adulterio con un mayor ímpetu. Es esta otra característica de la educación machista a la que se somete a los hombres: se les obliga a no dejar entrever sus sentimientos, a no hablar de ellos, a incluso no reconocerlos ni sentirlos. Esto provoca un gran rechazo a las demostraciones de afecto o emotividad, algo muy característico también en el personaje de Alexiei Karenin, que dice no soportar las lágrimas de las mujeres o los niños. Su educación patriarcal le ha hecho reprimir de tal manera sus sentimientos, que solo el presenciar una muestra espontánea de emoción, lo hace sentir enormemente incómodo, ofuscándose y rehuyendo a quien se encuentre en tal estado de emoción.

*Solamente los íntimos de Alexiei Alejandrovitch sabían que este hombre, tan frío y tan juicioso, tenía una debilidad que estaba en contradicción con su carácter: no podía ver ni oír llorar a los niños ni a las mujeres. Ante las lágrimas perdía la facultad de coordinar las ideas. [...] Su jefe y su secretario [...], advertían a los visitantes de Alexiei que no lloraran en su presencia si no querían que sus demandas se malograsen.*

(306)

El rechazo a la comunicación o a exponer de forma sincera, sus sentimientos o a hablar de los de los demás, constituirá un problema más grave de lo que parece en un principio. “Cavando en las almas solemos encontrar cosas que están mejor ocultas.” (159). Esta afirmación del marido de Ana, se refiere, no solo al alma de Ana, sino a la suya propia; pues le asusta lo que podría encontrar si se deja llevar por sus sentimientos.

Por eso, su sentido del deber no es lo único que lo empuja a trabajar sin descanso, también influye el hecho de que no quiera plantearse el estado de las cosas.

No obstante, su disciplina y frialdad no le impide expresar a Ana su amor por ella, aunque para esta no sea lo que quiere o necesita “créeme que si te digo todo esto es no solo porque soy tu marido, sino por el gran amor que te tengo” (160). No es este un amor comprensivo que la considere a ella una igual, ya hemos explicado de qué forma la quiere y la trata su marido. Con todo, no está de más señalar que Alexiei Karenin le expresa este amor suyo con más frecuencia de lo que lo hace Wronsky hacia el final de su relación. Puede que su marido se lo diga porque su sentido del deber se lo indica, pero el caso es que lo dice sin que ella se lo pida; lo que no ocurre de igual manera con Wronsky –a pesar de que, según este último, su amor por Ana es lo más fuerte que posee-.

Con el comienzo de la relación entre Ana y Wronsky, el marido de esta se siente tremendamente impotente por no poder evitar el encuentro de los amantes, o el que Ana se sincere con él. Pues, por mucho que le pese, no tiene control real sobre lo que Ana puede o no puede hacer. Aunque sigue considerando su obligación el prevenir a Ana y además necesita hablar con ella, finalmente se da por vencido viendo que Ana lo rehúye, y toma la actitud de “un hombre que, después de realizar toda clase de esfuerzos por apagar un incendio, se enfada al fin y exclama: -Ya te las compondrás como puedas. Por mí, te puedes abrasar”. No comprende que “semejante conducta con su mujer era una verdadera locura, [...] porque el temor le ofuscaba: la situación le parecía demasiado horrible y no se atrevía a afrontarla.” (219). Así, niega su situación, poniéndose una venda en los ojos y evita tratar a Ana en lo posible, cuando eso solo hará que ella quiera alejarse más aún de él y no entienda que él también sufre: “prefirió sepultar su afecto por su mujer y su hijo en el fondo de su alma, como en un estuche bien cerrado, y hasta con el niño adoptó una actitud glacial.” (219).

De nuevo el no querer compartir sus sentimientos con su mujer, o el negarse a aceptar su dolor e intentar luchar por ella, jugarán en su contra y provocarán que Ana lo vea como un ser incapaz de sentir cariño por nadie. “Sin embargo, en su subconsciente, aunque sin confesárselo a sí mismo ni tener prueba alguna de ello, se decía que era un pobre marido engañado, lo que le hacía sentirse profundamente infeliz.” (219). En el fondo lo sabe, y aunque Ana no lo crea, esto lo hace sentirse muy desgraciado, tanto, que su salud se resiente y su amiga, la condesa Lidia, preocupada por él, le manda al médico para que le haga un reconocimiento.

El matrimonio mantiene una especie de pacto silencioso en el que ambos se comportan como si nada hubiera cambiado, aunque los dos saben lo que ocurre. Cada uno interpreta un papel en presencia del otro y en presencia de los demás, para engañar, no solo al resto, sino también para engañarse a sí mismo –en el caso de Alexiei-. También se muestra frío con su hijo Sergio, al que considera una especie de apéndice de Ana y llama “señorito” para romper cualquier lazo afectivo. Se encierra en una coraza de frialdad, obligaciones y trabajo para no tener que lidiar con los problemas familiares ni

sus propias emociones. A pesar de todo, no logra evitar por completo las dudas, los celos y el miedo de que sus sospechas sobre Ana sean ciertas.

Este comportamiento provoca que aumente el odio que Ana siente por su marido, ya que no puede ver que él sufre, en un padecimiento parecido al suyo “Alexiei había experimentado un dolor muy cruel y profundo en el momento de la confesión [de Ana], pero luego sintió un gran alivio.” (306 – 307). “Es una mujer sin sentimientos, sin honor y sin fe.” (307). Al igual que su mujer, el conocimiento de sus actos, la forma de comportarse de Ana, hacen que Alexiei la condene de forma absoluta, desaparecida la incertidumbre, le es más fácil culparla de todo de forma que él, aunque dolido, se siente liberado de toda carga y completamente inocente. Ninguno de los dos se molesta en preguntarse el por qué de la conducta del otro, a pesar de conocerse íntimamente y haber compartido su vida durante ocho años. Al contrario, este conocimiento más profundo del otro, les hace ver ciertos indicios que refuerzan su opinión negativa: “le pareció que Ana había sido siempre así [...]. Recordó detalles de su vida pasada, que entonces no parecían sospechosos y que ahora, en cambio, eran para él claras muestras de falta de honestidad.” (307).

No obstante, conviene puntualizar, que aunque ninguno de los dos haga el menor esfuerzo por ver el sufrimiento del otro a raíz del adulterio, ello no minimiza el que Ana estuviese oprimida y en una relación desigual en su matrimonio. El hecho de que no sea capaz de ver los sentimientos detrás de la reacción de su esposo –algo también difícil de ver aunque lo conozca bien, pues como ya hemos dicho, Karenin no expresa sus sentimientos-; no significa que ella no tenga razón al querer cambiar su situación de esposa infeliz. Si bien para la época es algo completamente normal y se considera incluso privilegiado, la situación de Ana, ahora lo sabemos, no es de ningún modo ventajosa ni justa. Ella a pesar de vivir en su tiempo, quiere ser tratada como una persona en plena posesión de sus derechos, una igual al hombre con el que decida –y conviene incidir en que es ella quien quiere elegir a su marido- compartir su vida. En su matrimonio no puede disfrutar de tales derechos, y es por ello por lo que se ve abocada al adulterio.

*Es un hombre miserable y repugnante. Dicen que es muy religioso, sensible, honrado e instruido; pero los que así hablan no pueden ver lo que yo, su esposa, veo y noto a cada momento. Ellos no saben que durante seis largos años ha impedido que mi vida siguiera su curso natural, ahogando todo lo que hay en mi ser de bueno y hermoso; ellos no saben que en ningún momento ha pensado que soy una mujer llena de vida que necesita sentirse amada. (320)*

A pesar de ser una aristócrata del siglo XIX, Ana sabe ver lo injusto de la situación, quizá porque, aun habiendo recibido una educación que la haga sumisa, una mujer con su experiencia acaba por rebelarse: “Ignoran con qué refinamiento me ha mortificado un día y otro, quedando tan satisfecho de su proceder como si ofenderme fuera la cosa más natural”. Una mujer de su posición y educación, pueda soportar un matrimonio en el que no se la trate como a una persona igual a su marido, si al menos en dicho

matrimonio existe el amor; pero si no recibe ni lo uno ni lo otro, lo más seguro es que acabe por rebelarse de alguna forma, y muy posiblemente, acabe abocada al adulterio.

*¿Acaso no he procurado con todas mis fuerzas hallar un justificante, una finalidad a mi convivencia con él? ¿He dejado de amar a mi hijo al ver que no podía esperar nada, absolutamente nada, de mi esposo? Lo que ocurre es que llegó un día en que me di cuenta de que me era del todo imposible seguir engañándome a mí misma; de que me sentía llena de vida sin ser culpable de ello, porque así me había hecho Dios; de que necesito amar y tengo derecho a vivir mi vida... (320)*

Este es el alegato de Ana, su necesidad de vivir, de amar y sentirse amada. Un alegato muy parecido al que hace su hermano Stiva Oblonsky para justificar su adulterio, aunque en circunstancias diametralmente opuestas. Mientras que Oblonsky se declara harto de su esposa “envejecida, cansada, ya un tanto fea e incapaz de destacar como mujer en ningún aspecto, a la vez que esposa humilde y madre ejemplar”, por lo que esta debe ser “tolerante en extremo”(8) con su infidelidad.

A su marido, por su parte, le preocupa el que su nombre no quede manchado. Salvar su reputación y dignidad por encima de todo “lo único que le preocupaba era el modo de sacudirse el barro que habían echado sobre él, sin merma de su dignidad” (307).

“Y sin recurrir a los casos históricos, fue enumerando mentalmente los que afectaban a sus amigos y conocidos de la alta sociedad. Darialov, Poltawski, el príncipe Karibanov, el conde Pascudin... Y Dram, el honrado y austero Dram... También Semenov, y Chaguin, y Signonin” (307). ¿Qué dice eso de la situación de la mujer? ¿Es posible que habiendo tantos casos, no se den cuenta de que constituye un grave problema social? Nadie parece plantearse el porqué de que esta conducta esté tan extendida, no se habla de ello, sino que se intenta esconder y disimular “es una desgracia a la que todos estamos expuestos [...] y que ahora me ha tocado a mí. En fin, lo que importa es salir airoso de esta situación.” (307). Alexiei Karenin habla de ello como si fuese un cáncer, una enfermedad terminal para la que no hay cura, ni forma posible de evitarla.

Como posible solución, llega a plantearse el duelo por unos instantes. De joven llegó a considerarlo importante, “por ser un hombre débil y tener conciencia de ello” pues el componente de la violencia para demostrar la virilidad y la valía de un hombre tiene más peso en los jóvenes. Incluso llegó a estar “avergonzado de su cobardía”. Para solventar esto se dedica con ahínco a conseguir el éxito profesional y social. Podemos encontrar una referencia a esta “debilidad” de Karenin, una pregunta maliciosa de un oficial sobre las carreras deportivas de caballos que organizan los militares “¿No corre usted? –le preguntó el general en broma. –Mi carrera es mucho más difícil –contestó respetuosamente Karenin” (226). También Ana llega a irritarse con esta forma de comportarse, le extraña y casi la indigna, que no tenga una reacción violenta al enterarse de su infidelidad “ si hubiera intentado matarme a mí o matarlo a él [a Wronsky], lo hubiera soportado sin una queja, y habría llegado a perdonarle.[...] Él no podía sino hacer aquello que es propio de un hombre odioso y vil.” (320). Con esto, Ana se refiere

a la medida final que su marido toma para resolver la situación, y que para ella resulta peor incluso que la muerte.

Alexiei Karenin sentencia a Ana al sufrimiento y a ser desgraciada para siempre, en venganza por lo que ha hecho “no podía consentir que la maldad de ella triunfase” (309). Dice esto como si él mismo fuese un enviado del “bien”, un defensor de todo lo que es bueno y justo; con potestad para “castigarla”. Siente que tiene autoridad sobre ella, aún cuando moralmente, ella ni él se sienten ligados de ninguna forma. De esta manera, Karenin decide retenerla -contra su voluntad, obviamente-, para tapar el escándalo y evitar además que ella se vea con Wronsky.

Por otro lado, se siente satisfecho de que su decisión coincida con los preceptos cristianos de la religión, y empieza a preocuparse por cumplir con las “leyes divinas”: “<<De este modo cumplo también con las leyes divinas, ya que no solo no rechazo a la mujer culpable, sino que le doy ocasión para rehabilitarse>>” (309-310). Esta actitud es evidentemente muy hipócrita, pues solo tiene en cuenta la religión en el momento en que esta conviene a sus intereses. En ese sentido, existe también una fuerte crítica a la hipocresía de las clases altas hacia este tema, pues al igual que Karenin, únicamente acuden a la religión para darse importancia y aparecer a los ojos de los demás como seres bondadosos y caritativos. No es una actitud como la de los campesinos, quienes la tienen siempre presente, para lo bueno y para lo malo. Así, Tolstói identifica también a quienes se entregan a la religión con la inocencia, la ingenuidad e incluso, la falta de educación o experiencia: los campesinos, la joven e inocente Kitty... Incluso Dolly, la madre abnegada y sumisa, tiene íntimamente, una religión propia distinta de la rusa ortodoxa.

Karenin además, se propone “enderezar” a Ana, “<<aunque esto será muy doloroso para mí, yo mismo haré todo cuanto esté en mi mano por corregirla>>” (310). ¡Qué generoso por su parte! Tras ejercer sobre ella la violencia de encerrarla contra su voluntad y negarle su libertad, se va a encargar de “corregir” sus tendencias pecaminosas. De nuevo, el paternalismo del marido que cree que su mujer es un ser mentalmente y moralmente inferior, del que es necesario estar continuamente pendiente para que no se desvíe del camino del bien y caiga en el pecado. La infidelidad de Ana reafirma en su marido la creencia de que Ana le pertenece, de que ella está bajo su custodia y tiene la responsabilidad y el derecho de controlarla.

Aunque lo cierto es que Alexiei Alexandrovitch sabe que se está engañando a sí mismo, pensar que tiene este tipo de poder sobre su esposa lo tranquiliza y lo consuela “sabía muy bien que no tenía la menor influencia sobre su esposa y que todo aquello que se proponía hacer resultaría una farsa. Él no había buscado nunca apoyo en las leyes divinas [...], ahora pensó en ellas porque vio que coincidían con sus propósitos.” (310). Así pues, su decisión es en realidad un acto de cobardía: después de conocer la verdad, aunque le resulte liberadora después de la angustia de la incertidumbre, no toma ninguna medida real. Su reacción es la de seguir negando lo ocurrido a los ojos del mundo, para forzarse a sí mismo y a Ana a mantener una mentira que solo puede

traerles infelicidad y desgracia, a ellos y a su hijo Sergio. Un hijo, por cierto, en el que solo piensa como arma para mantener a Ana retenida, sabiendo que puede amenazarla con arrebatárselo legalmente, como última y despiadada medida para imponer su decisión.

De forma que Karenin piensa que esta es la mejor solución y que con el tiempo sus relaciones se normalizarán lo suficiente para que le afecten a él. Mientras tanto, Ana se arrepiente de haberse sincerado con su marido y siente una terrible vergüenza por su situación. Ni siquiera es capaz de contarle a Wronsky lo que ha confesado a su marido, pues le da miedo que su vergüenza quede ahora expuesta ante todo el mundo. Sin conocer aún la decisión de su marido y sabiendo que no la perdonará, Ana piensa en fugarse con su hijo, lo único que le queda en el mundo para luchar por él y por su custodia. Cuando la carta de su marido llega, todos sus planes y últimas esperanzas se derrumban ante ella. El envío de dinero junto con la carta, parece acrecentar la sensación de posesión de Alexiei, y es esta una señal inequívoca de que Ana depende de su marido para su supervivencia económica. En un tiempo en el que a las mujeres de cierta posición social no se les permitía trabajar, estas no podían ocuparse de su propia manutención a no ser que su familia fuese poseedora de una gran fortuna y ellas tuviesen la suerte de heredar una gran parte. Lo más común era que el matrimonio fuese su única forma de prosperar en la vida. En caso de no tener marido, herencia o alguien que las acogiese bajo su protección podían encontrarse en la más absoluta pobreza. Ese sería el problema de Ana si ni su marido ni Wronsky quisieran hacerse cargo de ella. Por tanto, Ana se encuentra totalmente a merced de lo que ellos, y en especial su marido, decidan.

Esta problemática conecta con la cuestión de la mujer, que empezaba a ser preocupante en la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra. La sobrepoblación de mujeres respecto al número de hombres hizo que hubiera muchas mujeres solteras sin perspectivas ni posibilidades de sustentarse, lo que aumentó, como es evidente, la pobreza femenina.

Dicha cuestión se trata en el libro de manera que hay diversos personajes que hacen referencia a la situación de la mujer en la época. Durante una cena en casa de los Oblonsky, se produce una discusión sobre los derechos de la mujer. Si bien la mayoría de los participantes no se toman en serio la cuestión o no le otorgan demasiada importancia, uno de los comensales, Pestov, sostiene interesantes y sólidos argumentos a favor de la educación y la emancipación de las mujeres. Es el único que durante la charla se abstiene de hacer bromas o comentarios despectivos sobre el tema. Por el contrario, se toma en serio y con gran respeto los derechos que las mujeres y por consiguiente, a las propias mujeres. Durante la discusión, la propia Kitty se interesa brevemente al acordarse de su amiga Varinka, que trabaja como doncella, y de las dificultades a las que esta estaría expuesta si no se casaba pronto. De nuevo Tolstói se sirve de la voz de un personaje, secundario en este caso, para plasmar su opinión en la obra, aunque no sin encontrar oposición por parte de los otros personajes, que bien podrían estar representando la opinión de la sociedad.

Ana se enfrenta a su marido, porque cree que el trato que recibe es un “acto de vileza”. La reacción por parte de Alexiei Karenin es de ira, violencia y reproche “-¿Vileza has dicho? Si quieres emplear esa palabra con propiedad aplícatela a ti misma, pues nada puede ser tan vil como abandonar a un esposo y a un hijo por un amante, a un esposo cuyo pan se come.”(402)

Con un golpe bajo, le recrimina que su supervivencia económica depende de él. Es irónico, pues ella no tiene independencia económica precisamente porque está mal visto que una mujer trabaje, y además porque las mujeres no pueden recibir rentas. Solo heredar una pequeña parte o recibir una dote para el matrimonio (en cuyo caso, el último beneficiario es el marido).

Karenin confiesa el dolor que sufre por la ruptura de su relación con Ana. El problema es que ha perdido por completo el control que antes ejercía sobre ella. Sobre sus acciones y su actitud, pues Ana ya no le otorga ninguna importancia a la aprobación de su marido. También sobre su sexualidad, pues ella la ha desvinculado del lazo matrimonial y “puro”, al mantener relaciones adúlteras y elegir libremente con quién quiere mantenerlas y cuándo. Por todo ello, Karenin castiga a su esposa junto con su hijo, separándolos a ambos y llevándose al niño, al que además no quiere. Al niño también parece querer castigarlo, al ser hijo de Ana, siendo parte de ella y recordándole su adulterio; por ello lo condena a vivir alejado de su madre, que lo quiere, con su padre o algún otro familiar que no va a darle el cariño que recibe de su madre.

Karenin no busca una separación pacífica y sencilla. El medio que elige para la separación es además, el que juzga más nocivo para Ana y menos perjudicial para él mismo. El divorcio la convertirá en una mujer repudiada y rechazada –a menos que se case de nuevo-, mientras que a él le afecta mucho menos.

La situación da un giro cuando Ana se encuentra al borde de la muerte tras una complicación del parto de su hija con Wronsky. En un primer momento, su marido desea su muerte en secreto, porque así se solucionarían sus problemas. Sin embargo, al verla en el lecho de muerte, pidiéndole perdón, Karenin se apiada de ella y le perdona todo lo que ha pasado. Su anterior incomodidad ante el sufrimiento ajeno –recordemos que no soportaba ver a otros llorar-, que oculta bajo la frialdad, la seriedad y el tono irónico que utiliza para hablar con los demás, sufre un cambio radical. Es un momento de conversión espiritual, en el que experimenta un fuerte sentimiento de perdón cristiano:

*La emoción que Alexiei trataba de reprimir había ido aumentando por momentos y, finalmente, cobró tal intensidad, que Karenin se entregó a ella, renunciando a la lucha. [...] Aquello que él había considerado como un estado de perturbación espiritual era, por el contrario, una paz interior que le hacía sentir una felicidad infinita y no sentida jamás. [...] Ahora advertía que su alma estaba llena de sentimientos de perdón. (452)*

A partir de ese momento, Karenin abraza los preceptos cristianos de corazón y se entrega totalmente a la fe. Aunque, después caerá en la demagogia y la ceguera del

fanatismo que promulga la condesa Lidia. Este cambio en su vida trae consigo una nueva felicidad que se ve empañada por la opinión de los demás y por el fracaso de sus intentos de arreglar su relación con Ana. Ella se siente avergonzada por lo que ha pasado, la culpa no deja de atormentarla, y tiene miedo de su marido porque se siente muy insignificante a su lado. Esto da lugar a que la situación doméstica se vuelva muy irregular y precaria. Karenin intenta tomar la dirección de la casa, pero los criados siguen sin consultarle y sin comunicarle los problemas, ya que no conciben que el señor de la casa se entregue al cuidado de las tareas domésticas y de los hijos. En un momento en que están preocupados por la salud de la hija recién nacida de Ana –de la que también se encarga Karenin–, la institutriz y el aya piensan que es porque el ama no está alimentando suficientemente a la niña, cuando Karenin les pregunta que por qué no han dicho nada antes el aya dice “-¿A quién se lo podía decir? La señora está todavía enferma.”(462).

Ante la precaria salud de Ana y el empeoramiento de su estado anímico, Stiva, hermano de Ana, va a hablar con Karenin para pedirle que le conceda el divorcio a Ana. Tras hablar con él, este accede a “concederlo todo sin pedir nada” (474). Aunque sigue encontrando inconvenientes al divorcio. En su situación, se considera como la única víctima, además de propietario del matrimonio y de su esposa. De esta forma, entiende que en él recae la decisión de lo que debe ocurrir con su familia y su hogar. En general, se considera que es suyo el derecho a decidir sobre la vida de su esposa y sus hijos, y por ello, quien se considera ser tan magnánimo como para otorgar a su esposa la libertad a través del divorcio. En la anterior cita: “estoy dispuesto a concederlo todo sin pedir nada” (474), Karenin expresa esto como si, en una transacción, perdiese algo de su propiedad –que en realidad es lo que entiende, que Ana es de su propiedad-. Pierde así su control sobre la libertad de esta, pierde su “derecho” de posesión sobre ella al dejar de ser su mujer.

Por otro lado, la idea del divorcio entra en conflicto con sus valores morales. Esto, unido a la fuerte presión social y religiosa, hacen que en un principio se oponga rotundamente a ello. Karenin se considera un ser superior a Ana, especialmente en lo moral, aunque no exclusivamente en ese sentido. Ella se ha “perdido”, ha caído en el pecado, y él, como su marido, es responsable ella y de sus actos, por lo que concederle el divorcio significa darle entera libertad para seguir con su vida de pecado.

No obstante, cuando Karenin accede al divorcio e incluso a entregar la custodia de Sergio a su madre, Ana, que se ha reconciliado con Wronsky, decide que no puede aceptarlo y rechaza lo que le ofrece su marido. Como ya comentamos en el apartado anterior (“Ana y Wronsky. Ana como amante”), Ana siente una gran culpa por sus actos y quiere, de alguna manera, infligirse daño a sí misma, por lo que al volver con Wronsky, decide abandonar Rusia por un tiempo sin divorciarse y sin llevarse a su hijo con ella. De esta manera, consigue estar con el hombre al que ama pero no sin dejar de sufrir la penitencia de haber perdido a quien más quiere en el mundo: su hijo.

Con la marcha de su esposa, Karenin intenta rehacer su vida, pero se encuentra en una situación desconcertante y se avergüenza de lo que ha pasado ante los demás, quienes parecen no entender su conducta con Ana. A esto se une la soledad en la que queda al irse su mujer, y el tener que afrontar las ocupaciones domésticas, que lo desbordan y le parecen deshonrosas para él:

*Me he pasado el día ocupado en asuntos domésticos originados por mi vida solitaria; problemas relacionados con la servidumbre, con la institutriz, con los gastos de la casa. Estas pequeñeces me han ido devorando como un fuego lento y, al final, ya no lo he podido soportar... (553).*

Cuando, por primera vez tiene que enfrentarse con los problemas de la vida doméstica, siente que estos le sobrepasan. Sin embargo, no llega a considerar que lo mismo podría haberle ocurrido a su esposa o a cualquier otra mujer. No llega a preguntarse cómo hacen las mujeres para no sentirse deprimidas ante esas tareas. Simplemente, considera que es su trabajo, mientras que él y su dignidad, están por encima de eso. Él merece servir a intereses más importantes. De nuevo la concepción de género binaria que establece el patriarcado le hace ver que hay distintos roles para hombre y mujer.

Ante esta situación, la condesa Lidia decide que es su deber irse a vivir con él y convertirse en su ama de llaves y en la tutora de Sergio para “librarle de todas esas pequeñas preocupaciones de la vida doméstica, humillantes para un hombre de su altura”. Según ella, “aquí hace falta una voz de mujer, una mano de mujer” (553).

A partir de su íntima relación con la condesa, en la que encuentra consuelo para su desolación y su soledad, esta le irá atrayendo más y más hacia su causa religiosa. En consecuencia, Alexiei dejará el gobierno de su casa y de su vida en las manos de la condesa, y en adelante no hará nada sin la aprobación o el consentimiento de esta.

La condesa Lidia es una mujer casada, que vive separada de su marido. Como es común en este autor, es un personaje más complejo de lo que pueda parecer en un principio y además de su fanatismo religioso, es también una persona muy enamoradiza. Tanto es así, que Tolstói nos dice que “a veces se había enamorado de varias personas a la vez, hombres o mujeres, pues adoraba a todo aquel o aquella que destacara en la vida” (555). Estos amores aparecen descritos de forma que se entiende que son meramente platónicos, y que la condesa no llega a declararse nunca al objeto de su admiración. Sin embargo, de nuevo Tolstói nos hace una referencia sutil a una sexualidad que se aparta de la norma de la heterosexualidad; describiendo a un personaje con la moral del cristianismo más ortodoxo, que se deja seducir por ambos sexos.

Alexiei Alejandrovicht sufre también las consecuencias de la opresión patriarcal. Como ya hemos mencionado anteriormente, es un hombre de Estado y su fortaleza, su seguridad, viene de su posición en la política y su inteligencia. Es en la cuestión de la fortaleza física donde se siente inseguro y débil, pues en ese sentido, no puede competir con hombres como Wronsky, dedicado a la vida militar, o su cuñado Stiva, quienes parecen tener una confianza y seguridad innatas. Esto ha hecho que le sea difícil

desenvolverse socialmente, pues se siente avergonzado por no cumplir con el estereotipo de hombre fuerte y seguro de sí mismo que la sociedad espera que sea. Su obsesión por suplir esto con su carrera política funciona durante un tiempo; sin embargo, el abandono de su mujer por Wronsky –quien representa todo aquello que él es incapaz de conseguir- renueva esa angustia y contribuye a mermar la opinión que tiene de sí mismo.

En ese estado de ánimo, encuentra el consuelo, como ya hemos dicho, en la religión y en la compañía de la condesa Lidia, quien se ha enamorado de él y no se aparta de su lado en ningún momento. La influencia de la condesa es de tal magnitud, que es por mediación suya, que finalmente Alexiei le niega el divorcio a Ana y la custodia de Sergio. Incluso consigue que este le niegue ver a su hijo cuando Ana le pide que lo deje verlo, aunque ella conseguirá colarse en la casa para verlo furtivamente.

Sergio, el hijo de Ana y Alexiei Karenin, sufre enormemente al alejarse de su madre. La condesa Lidia intenta hacerle creer que su madre ha muerto, pero el niño no la cree y mantiene las esperanzas de volver a verla. La visita sorpresa que le hace Ana a escondidas de su marido, trastorna al niño profundamente y le deja una huella que hará que a partir de entonces intente olvidarla, herido por el abandono de su madre.

Obligada a vivir lejos de su hijo, cuando su relación con Wronsky comienza a verse seriamente amenazada, y con la negativa final de obtener el divorcio, Ana ve completarse su castigo.

### **Venganza. Suicidio como venganza**

“<<Me he reservado la venganza>>, dijo el Señor.” Con esta cita empieza la novela *Ana Karenina* y desde el principio, la inevitabilidad parece impregnar la historia principal de la obra de Tolstói. Esto se intensifica desde que Ana tiene su segundo parto, la muerte parece formar parte de su destino y esto está claro, no solo desde la perspectiva del lector, sino en la mente de la propia Ana. Se obsesiona con la muerte desde entonces. La ve como su salvación y su liberación, la de ella misma, pero también la de Wronsky y la de su marido.

Si la muerte llega a ser inevitable y segura desde cierto punto de la obra, ¿puede ser que Tolstói quisiera conceder a Ana cierta decisión, darle un motivo mucho más significativo que el de cumplir su “destino” y librarse del rechazo y la represión social? ¿Puede ser que el autor utilice la relación de Ana y Wronsky, en decadencia, y la falta de empatía y comprensión de este, para hacer crecer el odio y el deseo de venganza en ella, y hacerla desear el suicidio como única salida?

Ana se vuelve más pasional y, digamos, irracional, hacia el final de la obra – comprensible por las condiciones bajo las que debe vivir, exiliada y prisionera en su casa-. Su deseo de venganza contra su amante que no sabe entender sus necesidades se vuelve más lógico (aunque en principio parezca dramático). Además, corresponde con

su deseo de no conformarse con la vida doméstica y hogareña a la que quiere recluir a Wronsky, unido a su deseo de no ser madre.

Esta forma de pensar supone un adelanto a la época en la que viven los personajes —y la de la propia obra—, en la que una mujer no puede aspirar a tener los mismos derechos y libertades que un hombre.

Ana, por tanto, desea vengarse de Wronsky puesto que lo ama, y eso hace que quiera hacerle daño por no quererla como ella necesita. En un principio puede parecer que este deseo de venganza se dirija también a su entorno social, a aquellos que la abandonan cuando deja a su marido, pero de esa gente no se acuerda ya. Su venganza se dirige contra la única persona que le importa, y consecuentemente, la única persona a la que odia.

Hay un detalle además, en la cita sobre la venganza, que merece destacar. En la edición inglesa de la obra, esta cita no contiene “dijo el Señor”, causando opiniones dispares sobre en boca de quién podría haber puesto Tolstói estas palabras. Hay quien afirma que el propio autor es quien las enuncia, como portavoz de dios. Sin embargo, parece haber una relación entre esta cita y el final de la obra, en concreto en los pasajes referentes al suicidio de Ana. El suicidio de la protagonista, como ya hemos dicho, está motivado principalmente por su deseo de venganza y triunfo sobre aquel que ama y que la ha fallado, así que, ella decide suicidarse para reconquistar su amor y que él pague por lo que le ha hecho. Si entendemos que la primera declaración de venganza es un aviso sobre la intención de Ana al final de la obra, descubrimos que Tolstói la dota de un extraordinario poder, y de una ira semejante a la del mismo dios. “¡Te arrepentirás de lo que has hecho!” (805) amenaza Ana. Y cumple con su amenaza.

## **Evolución de Ana**

El personaje de Ana, se le presenta al lector a través de los ojos de los demás personajes. En un principio esto puede parecer una señal de machismo, pues el personaje principal se describe a través de los ojos de personajes masculinos y por tanto, conocemos a Ana de la forma en que ellos la ven. Su primera aparición, sin ir más lejos, ocurre cuando Wronsky la ve por primera vez en el tren. Se nos muestra a Ana a través de la mirada de Wronsky y del interés, no del todo inocente, que despierta en él. Después es Dolly quien vuelve a describirla y más tarde Kitty, y en cada caso, conocemos la apariencia física de Ana, como su rasgo más característico.

De esta manera, Ana aparece como un personaje distante, hasta que su relación con Wronsky se vuelve más seria. Conforme esta relación evoluciona, los pensamientos de Ana se van descubriendo al lector. En ese sentido, el personaje de Ana adquiere mayor profundidad gracias a su relación adúltera. Es a consecuencia de esto, que la protagonista se replantea su vida y su felicidad por primera vez en toda su existencia, algo que hasta entonces le había aparecido intachable.

Así, no todas las consecuencias de su adulterio son negativas: Ana se da cuenta de lo injusto de su situación e intenta cambiarla, huyendo con Wronsky. Desgraciadamente, este no comparte los deseos de Ana para convertirse en una persona con todos sus derechos. Al igual que su marido, tan solo ve en ella una esposa y madre para sus hijos, y una mujer hermosa que aumente su triunfo personal a ojos de la sociedad, sin importarle realmente los deseos que ella pueda albergar.

A pesar de esto, o mejor dicho, gracias a que Ana no encuentra en Wronsky la comprensión que busca, aumenta su indignación y adquiere mayor consciencia de su maltrato. Esto desencadena las, cada vez más frecuentes, discusiones con su amante.

Conocemos de esta forma, los pensamientos más íntimos de Ana sobre el amor, las mujeres y su rol en la sociedad como madres y esposas. A través de sus pensamientos comprendemos su amargura, la infelicidad a la que la somete la sociedad, que la castiga por su determinación. Un castigo que responde en realidad, no al hecho de haber cometido adulterio, sino a que ella se niegue a ser simplemente esposa y madre. De hecho, sus “amistades” así se lo hacen saber: no reanudarán su trato con ella a menos que se case con Wronsky. Si renuncia al divorcio, pero no se considera su mujer, ni tampoco se casa con Wronsky, Ana queda al margen de lo que la sociedad considera aceptable para una mujer decente. De esta manera, Ana no recuperará su estatus de mujer honrada hasta que no se someta a un hombre formal y legalmente.

Esto es realmente contra lo que Ana se rebela y la causa de su destierro de la vida social.

En esta situación, Ana no ve otra solución para su problema y decide que el suicidio será su forma de escapar del juicio al que se la somete, y al mismo tiempo, será una forma de vengarse, de la sociedad en general, y de Wronsky en particular. Una venganza que constituye también un triunfo moral, ya que no se somete a aquello que le demandan, y además les hace sufrir por haberla maltratado.

En distintas ocasiones, varios personajes femeninos admiten que, de haberse encontrado en la situación de Ana, podrían haber reaccionado igual, algo que resulta creíble. Esto resulta lógico porque, en el fondo y a pesar de la educación machista recibida, las mujeres cuyos matrimonios son similares a los de Ana, son conscientes de que no se les permite tener una vida completa. Son conscientes de que están discriminadas y oprimidas, y de que no se las valora como personas. Y es algo muy común, pues los matrimonios concertados por los padres o familiares cercanos era lo más extendido en el siglo XIX. A causa de ello, si alguna de ellas hubiera tenido la oportunidad de Ana, seguramente la habría aprovechado.

La propia Dolly, esposa ejemplar, reconoce que debería haberse divorciado de su marido, una actitud llamativa, pues desde el principio muestra un rechazo férreo al divorcio.

Finalmente, ¿cabe la posibilidad de plantear una salida alternativa al suicidio? Ana proviene de un entorno educado como es la aristocracia, en el que ha recibido cierta formación –aunque escasa en comparación a la que recibían los hombres-; se podría sopesar la opción de que ella se convirtiese en institutriz o dama de compañía de alguna dama de la nobleza. De esa manera, no tendría que suicidarse por venganza, no tendría que depender para su supervivencia de su marido o su amante, y podría cambiar su vida. Sin embargo, la naturaleza de Ana, romántica, apasionada, orgullosa, le impide que llegue a plantearse esta forma de vida. Su origen aristocrático y su forma de concebir la realidad, en la que el amor de un hombre es la única respuesta a su desgracia, parece ser precisamente, lo que evita que pueda dar un giro significativo en su vida. Por otro lado, su situación ha llegado a un límite en el que, una vez que lo ha perdido todo –no solo a sus seres queridos, también su voluntad y su propia personalidad se han ido diluyendo a causa de su sufrimiento y de su abuso de las drogas- el suicidio quizá es la opción que le dará por fin paz y a la vez, conseguirá ejercer un mínimo de venganza y daño contra aquellos que la han maltratado.

### **6.2.2. Ana como heroína: Tolstói y el heroísmo. Comparación con Hadji Murad**

*Hadji Murad* es una novela corta de Tolstói en la que el protagonista, es Hadji Murad, un comandante musulmán del Cáucaso que lucha contra las tropas rusas. Sin embargo, tras un conflicto con el jefe de las tropas rebeldes, decide pasar al bando ruso, en el que se le acoge con grandes honores.

Parece que hay un acuerdo general sobre el moralismo de Tolstói en *Ana Karenina*, en la que se dice que el autor condena a su heroína a morir como castigo por haberse salido de los preceptos sociales. En el libro *El canon occidental* de Harold Bloom, se dice de una de las obras cortas del autor, *Hadji Murad* que, aunque la voz de Tolstói se escucha alta y clara como narrador, la suya es una voz que sabe mantener un equilibrio entre dotar de sentimiento a la historia y mantenerse al margen de esta, dando a cada uno de los personajes una voz y una personalidad propia. Además, Tolstói sabe adelantar los hechos que van a ocurrir y desde ahí, mantener la continuidad de la historia hasta que el final llega. Bloom lo relata así:

*Es como si Tolstói asumiera que ya conocemos la historia, y sin embargo la novela se abstiene de reflexionar sobre los significados de la historia; no se extrae ninguna moraleja ni se provoca ninguna polémica. Lo que importa no es, evidentemente ni la acción ni el pathos, sino solo el ethos del héroe, la revelación que recibimos del personaje de Hadji Murad.* (Bloom, 248)

Según lo que Harold Bloom expresa aquí, todos estos, son rasgos que comparte con *Ana Karenina*, ¿por qué, entonces, se considera a Hadji Murad como un héroe que muere de forma épica y por el contrario a Ana Karenina como una víctima de la pluma del autor, quien la mata para castigarla? Ana no muere porque Tolstói la mate, Ana se suicida (y

esto es importante, porque es una decisión que el propio Tolstói parece permitirle) porque siente que la sociedad en la que vive no le deja otra salida, que todos la han abandonado y que no soporta ni un minuto más viviendo en un mundo que ella considera tan hostil y ruin. En la propia novela, pasados los primeros “momentos” de conmoción por el suicidio de Ana, prácticamente todos los personajes vuelven a sus quehaceres y a sus propias vidas sin apenas reflexionar sobre el acontecimiento. La novela misma no acaba con la muerte de Ana, si no que continúa en un último libro (el octavo, pues la novela se divide en ocho libros). Su hermano, su esposo, su amante y sus conocidos vuelven a su rutina tan solo días después de la muerte de Ana. Es cierto que Wronsky, su amante, sufre un duro golpe por su muerte, pero incluso su decisión de unirse como voluntario a la guerra contra los turcos –en la que parece haber un deseo de morir- sigue siendo un retorno a la vida militar. La reflexión final con que concluye la novela es el descubrimiento espiritual de Levine, que nada tiene que ver con el personaje de Ana Karenina o con la figura de la mujer.

Tolstói se abstiene de reflexionar sobre la muerte de Ana, al contrario, le “concede” elegir su venganza (pues la decisión de Ana está influida en última instancia por su deseo de vengarse de Wronsky). Esto último además, puede guardar relación con la cita que da comienzo a la obra, una cita bíblica que reza “<<Me he reservado la venganza>> dijo el Señor”. Esta cita puede hacer referencia al impulso que mueve a Ana, protagonista de la novela, a cometer suicidio, precisamente, al final de la novela. Si aceptamos esto como cierto, que el autor utiliza esa cita para hacer referencia a su personaje protagonista, podemos también deducir que con esto el personaje se convierte en el ser más poderoso de la novela, alguien por encima de los demás, capaz de afectar a las vidas del resto. Como ya dijo Harold Bloom en su libro “Ana Karenina es el personaje más poderoso de Tolstói”.

Por otro lado, Lev Tolstói fue una persona con un deseo desesperado de vivir. La idea de la muerte le aterraba, y le obsesionaba el significado de la vida. En ese sentido, se puede identificar ese fuerte deseo de vivir con el personaje de Ana Karenina, quien expresa en varias ocasiones su anhelo por vivir de verdad, siendo feliz, amando y siendo amada. Su suicidio, podría verse como una acción a la que se ve “obligada” a recurrir –e incluso se arrepentimiento en el último momento-. Tradicionalmente se ha identificado a Tolstói con el personaje de Levine, dado que este representa sus aspiraciones vitales (el trabajo y la sencillez de la vida en el campo), así como por su forma de entender la vida y la religión. No obstante, no queremos dejar de destacar esta posible conexión con Ana y su pasión por la vida. Por último, y aun a riesgo de caer en señalar lo evidente, la decisión de llamar a su novela *Ana Karenina*, en mi opinión, es uno más de los argumentos que pueden esgrimirse en favor de esta teoría.

Según Harold Bloom, Ana Karenina es el personaje más poderoso de Tolstói. Esto quizá caiga en una contradicción cuando seguidamente dice que “posee muchos rasgos shakespearianos, por lo que Tolstói, que la ama, nunca la perdonará.”. ¿Se refiere con esto a la creencia de que Tolstói mata a Ana como castigo? Y si Ana es por tanto, una

víctima que muere a manos de su creador, ¿dónde está su poder? Refiriéndose a Hadji Murad, dice lo siguiente:

*Ninguna otra figura central de Tolstói recibe un tratamiento tan cariñoso y exhaustivo como Hadji Murad, y no creo que tenga equivalente en toda la literatura occidental. ¿Quién más nos ha ofrecido al hombre natural como protagonista triunfante, tan rebosante de astucia y valor? [...] El temerario héroe de Tolstói es tan astuto como el propio Tolstói, y merece una muerte digna, tan magníficamente heroica como irónica es la muerte de Nostromo.*  
(Bloom, 250)

En mi opinión, Ana Karenina y Hadji Murad –por las referencias descritas en *El canon occidental*- son personajes completamente análogos. La diferencia entre ambos personajes radica en la percepción del propio lector:

A Hadji Murad se le considera un héroe triunfante que muere de forma digna y casi majestuosa y sin embargo, como ya he mencionado, Ana se considera una “víctima” del autor, un personaje que ha caído en desgracia y que muere porque el autor así lo decide, y para dar una lección de moralidad. Como también he comentado en el punto 1, Ana Karenina, el personaje, muere porque así lo decide ella, como única salida a su lamentable situación (hasta donde un personaje puede decidir sobre sí mismo). La situación en que muere Ana no es especialmente magnífica: muere sola, atropellada por un tren, y aún así, Tolstói le concede un último momento de salvación, un último segundo de arrepentimiento y finalmente, de sometimiento al fin ya inevitable, en el que le concede arrepentirse de sus pecados y encomendarse a Dios. No es una muerte deseable, pero tampoco puede considerarse indigna, es ella quien elige el cómo y el cuándo, y en todo momento permanece consciente de sus acciones, aunque haya momentos –como el momento final- en que su perspectiva de la vida cambia drásticamente.

El hecho de que a Hadji Murad se le considere un héroe triunfante y a Ana Karenina se la considere un personaje caído en desgracia corresponde, simplemente, al pensamiento de que el personaje de Ana Karenina es efectivamente una “mujer caída”, alguien que ha renunciado a todo para abandonarse al pecado. El no ser capaz de reconocer un triunfo en la situación de Ana cuando decide vivir con su amante, es síntoma de una moral igual a la de los personajes que censuran a Ana y que rechazan su trato.

En relación con esta idea, este otro pasaje de *El canon occidental* puede servir para apoyar mi argumento:

*Existe un elemento adicional en la relación de Tolstói con Hadji Murad, algo maravillosamente personal, que linda con la verdadera identificación. Las circunstancias han obligado a Hadji Murad a convertirse en un paria, aunque se trate de un fugitivo de gran dignidad y tratado con todos los honores. Aunque*

*soberbiamente adaptado a su contexto, es consciente de que su contexto se disuelve, dejándole solo a excepción de un puñado de hombres. La sombra de lo definitivo planea sobre el relato de Tolstói, al igual que permea todas las apariciones del héroe en Antonio y Cleopatra. Atrapado entre Shamil y el zar, a Hadji Murad le queda tan solo la libertad de morir valientemente, el que su identidad no quede menoscabada, sino enaltecida. (Bloom, 251)*

Con algunos matices, este puede ser posiblemente, el fragmento que demuestra las mayores similitudes entre Ana Karenina y Hadji Murad. H. Bloom dice que las circunstancias han obligado a Hadji Murad a convertirse en un paria. Al igual que este, Ana se ve obligada por las circunstancias a convertirse en una paria social, y el propio Tolstói así lo expresa, no solo a través de su voz de narrador, sino también a través de diversos personajes -personajes femeninos- que en más de una ocasión, admiten que podrían haber seguido sus pasos de haberse encontrado en su situación. La dignidad y los honores no siempre acompañan a Ana, puesto que la mayoría de las personas que la rodean la rechazan y llegan a humillarla públicamente. Aún así, quedan unos pocos personajes que se mantienen a su lado (Wronsky, Dolly Oblonsky, su propio hermano...) y que se mantendrán fieles a ella a pesar de lo que opine el resto de la sociedad. Algo parecido a lo que dice Bloom del propio Hadji Murad. Continuando con las semejanzas, “la sombra de lo definitivo” también “planea” sobre Ana Karenina. Desde que Ana tiene a su segunda hija y especialmente cuando su relación con Wronsky comienza a tambalearse, puede apreciarse que el trágico final es inevitable e incluso deseable; pues el personaje de Ana se encuentra acorralado y sin poder dar solución a su situación. Finalmente, Bloom nos ofrece el último rasgo paralelo entre ambos personajes: Hadji Murad se encuentra atrapado entre Shamil y el zar y solo la muerte le ofrece la libertad. Ana está atrapada entre su marido y Wronsky: alguien a quien “pertenece”, como Hadji Murad a Shamil y alguien a quien elige, como Hadji Murad al zar ruso; ninguno de los cuales, resulta ser lo suficiente comprensivo con su posición, y de la que solo la muerte puede liberarla.

## 7. Resultados y discusión

Nos encontramos ante una obra literaria en cuyo contenido, aunque sin tener tal propósito, pueden percibirse tintes propagandísticos. Dicho contenido ideológico se encuentra, en ocasiones, cerca de la ideología feminista de aquella época e incluso de un feminismo más avanzado.

El “feminismo” de finales del siglo XIX –pues el término no se había acuñado aún cuando se publicó la novela- se refería a la Cuestión de la Mujer, referida por primera vez por Stuart Mill, al que se hace referencia en el principio mismo de *Ana Karenina*. En el tratado de Mill, como ya se ha comentado en este trabajo, se desarrolla la situación social de la mujer y su lugar en la vida pública. Se hace también referencia al matrimonio, pero la perspectiva de este autor es siempre la de que el lugar de la mujer es el espacio doméstico, presentando el matrimonio como la mejor alternativa.

En *Ana Karenina*, el matrimonio casi nunca suele resultar como una alternativa de vida feliz, sino que por el contrario, las personas casadas, especialmente las mujeres, resultan casi siempre ser desgraciadas. Además, la mayoría de los matrimonios descritos en la obra, suelen caracterizarse por ser relaciones falsas entre los esposos, en las que al menos uno de los dos –sino ambos- mantienen relaciones adúlteras más o menos en secreto. El caso de la protagonista es el más significativo, como ya se describe ampliamente en este documento, pues al exponer Ana la farsa de su relación matrimonial, recibe también el rechazo y el desprecio absoluto de la sociedad.

Es este el punto más importante de nuestra tesis. Si bien anteriores interpretaciones han concluido con que el autor quiere demostrar su rechazo hacia la conducta adúltera de Ana, en este trabajo se demuestra lo contrario. El personaje de Ana evoluciona bajo la premisa de la emancipación y autonomía que, irónicamente, le otorga el adulterio. Esto, que en un principio puede resultar contradictorio o carente de sentido, resulta no serlo al analizar cómo se desarrolla la relación marital a partir de la confesión de infidelidad de Ana a su marido. Desde el momento en que Ana se sincera ante su marido, comienza a comportarse y a actuar con mayor libertad; así como a exigir de su relación con Wronsky una mayor atención y un trato más igualitario. Esta actitud, sin embargo, no hace más que acentuar el rechazo social y la presión por volver a estar dentro de la “norma”, pues las mujeres deben ser sumisas y quedar siempre en un segundo plano.

El suicidio de la protagonista es también una manera de reafirmar su posición ante los demás, una forma de escapar de la opresión y el repudio a los que se ve sometida, y, en última instancia, una forma de venganza, especialmente hacia el amante que no ha sabido amarla como ella pedía.

De esta manera, las situaciones que ocurren en esta historia, no solo tratan de la cuestión de la mujer –aunque referida únicamente a los círculos aristocráticos- en la época en la que se publicó la novela. La problemática planteada bien puede aplicarse a la sociedad actual, en la que todavía la situación de opresión y discriminación machista sigue vigente. Sin ir más lejos, la mujer hoy día aún sigue recibiendo fuertes críticas y

opresión si se atreve a expresar su sexualidad de una forma similar a la que lo hacen los hombres, y se sigue manteniendo el binomio “santa-puta” para mantener a las mujeres en espacios a los que tradicionalmente se les ha relegado –como el doméstico- y como una forma de control de la libertad y la sexualidad. De igual forma, en *Ana Karenina*, las mujeres que se consideran “respetables” se alejan de la compañía de Ana, por miedo a que su reputación sufriese alguna “mancha”; y estableciendo una clara separación entre su “santidad” o decencia y el “pecado” con que Ana ha mancillado su honra. Honra que además, solo puede restaurar con el matrimonio.

Por otro lado, la maternidad como aspecto definitorio del comportamiento de la mujer, también se encuentra en esta obra. La protagonista es una madre cariñosa y dedicada con su hijo primogénito, aunque no es así con su segunda hija, fruto de su relación con Wronsky. Este cambio de actitud en cuanto a la maternidad concuerda también con la evolución del personaje protagonista. En un principio Ana es una mujer que cumple a la perfección con el rol asignado a su género, y es con el adulterio que se produce esa ruptura en el comportamiento del personaje, cambiando los demás aspectos. Si antes hablábamos de su creciente libertad y autonomía en la sexualidad, ahora nos referimos a la maternidad. En su relación con Wronsky, Ana establece claramente que no quiere ser una madre abnegada ni una esposa sumisa, sino que quiere ser una igual para Wronsky. Ella se define como su compañera y se coloca a su misma altura, lo que hace que se aleje de las tareas relacionadas con la crianza de los hijos.

A pesar de la presión y el ostracismo al que se enfrenta, y a la enorme carga de culpabilidad que arrastra, Ana es un personaje de gran fortaleza. Una vez comenzada su relación con Wronsky luchará por ella hasta el final, negándose a verla como algo frívolo o insustancial.

Por último, el personaje de Ana, como la mayoría de los personajes creados por Tolstói, es de gran complejidad. Es un personaje dotado de grandes cualidades que le dan poder en sus relaciones con otros personajes –su inteligencia y sentido común, su singular belleza, que no pasa desapercibida a nadie, su posición social-, pero también es una mujer, y como tal, existe una discriminación que no pasa desapercibida para el autor. Y este lo hace notar en el trato tan desigual que reciben ella y su hermano por cometer el mismo delito: ser adúlteros.

En cuanto a la discusión planteada en este tema, no he sido capaz de encontrar investigaciones o proyectos que analicen *Ana Karenina*, desde una aproximación similar a la de este trabajo. La única excepción, de la que he podido sacar algunas conclusiones que me han servido para reafirmar mi tesis, es el libro *Framing Anna Karenina: Tolstoy, the Woman Question and the Victorian Novel* de Amy Mandelker. Aunque esta autora realiza un análisis más amplio y algo más centrado en el simbolismo, además de hacer una comparación con la novela victoriana, también utiliza un enfoque feminista. Es gracias a una breve introducción y disertación sobre Tolstói y la misoginia, erróneamente atribuida, que encontramos ejemplos de afirmaciones feministas en la obra del autor ruso.

*His assumption of patriarchal form was by no means intended to box and shape the actual content of his thought, which, when read in the context of its own time, is radical, subversive, and, in many fundamental ways, feminist. (Mandelker, 20).*

“Su aceptación de la forma patriarcal no tenía como objetivo, de ninguna manera, encerrar y dar forma al contenido real de su pensamiento que, leído en el contexto de su propio tiempo, es radical, subversivo y, de manera esencial, feminista.”

Es Mandelker quien realiza la crítica a Mill y lo compara con las afirmaciones, mucho más avanzadas, que sostiene Tolstói: *Tolstoy appreciates, values, and empathizes with the oppressive work of pregnancy, childbirth and domestic cares, which he considers to be far more difficult, strenuous, and important than men's work. (Mandelker, 22).*

“Tolstói aprecia, valora, y empatizar con el trabajo opresivo del embarazo, el parto y las tareas domésticas, las cuales considera mucho más arduas e importantes que el trabajo del hombre.”

*This is where the true emancipation of women lies –in not considering any line of work to be women's work, the sort that one is ashamed to touch, in helping them with all one's strength... and in taking from them all the work that it is possible to take upon oneself. Similarly with education – just because they will probably bear children and so have less leisure, for that very reason, we should organize schools for them that are not worse, but better than men's, so that they can build up their strength and knowledge in advance... (Tolstói, Diario, 24 de septiembre de 1894).*

“Es aquí donde recae la verdadera emancipación de la mujer: en no considerar ningún tipo de trabajo un trabajo de mujeres, ese que nos avergonzamos de tocar; en ayudarlas con todas nuestras fuerzas... y en quitarles todo el trabajo del que nos sea posible encargarnos nosotros mismos. De la misma manera con la educación: solo porque posiblemente den a luz y por tanto tengan menos tiempo libre, solo por eso, debemos disponer colegios para ellas que no sean peores, sino mejores que los de los hombres, para que puedan desarrollar su fuerza y conocimiento por adelantado...”

La singularidad del enfoque de este trabajo no ha hecho posible la comparación con una mayor variedad de trabajos y tesis que puedan coincidir o refutar la presente.

## 8. Conclusiones

Las conclusiones a las que he llegado tras haber realizado un análisis detallado de *Ana Karenina* son las que se exponen a continuación:

Ante todo, nos encontramos ante una obra imperecedera, no solo por el tema tratado, sino por el tratamiento del mismo. La problemática de la obra sigue siendo vigente hoy día, y su visión sobre la cuestión de la mujer tan adelantada a su tiempo, que es incluso aplicable en la actualidad. Esto último, desgraciadamente, no solo habla a favor de la empatía de Tolstói hacia cuestiones de género, sino que refleja el enorme atraso de la sociedad en que vivimos.

Entre los temas que trata, se encuentran la emancipación femenina en cuanto a libertad para decidir sobre su cuerpo, para adueñarse de este, de su sexualidad y sus relaciones. Recordemos que incluso llega a plantearse la homosexualidad y la bisexualidad femenina, aunque de forma muy sutil. Además, y a través del personaje de Ana, Tolstói plantea el control reproductivo de la mujer y en una referencia, también algo velada, la contracepción.

Por último, pero no menos importante, hace hincapié en la gran desigualdad existente entre géneros a la hora de juzgar conductas socialmente reprobables como es el adulterio. Como ya hemos mencionado, a través de la obra se critica de forma indirecta y directa esta desigualdad, que se hace patente especialmente en la figura de Ana y de su hermano Stiva Oblonsky. Ambos, mantienen relaciones adúlteras, aunque no de la misma índole. Sin embargo, la relación y la conducta de Ana recibe un fuerte repudio social, y con estas, la propia Ana, su persona, se identifica con valores como la inmoralidad, la degradación, el pecado y la deshonra. Es decir, no solo se critica la conducta de Ana, sino que su persona adquiere los valores que conllevan esa conducta, pasando a definirla a ella únicamente por esa relación con su amante, convirtiéndose en alguien de quien conviene estar alejado, alguien nociva y tóxica, como si su “pecado” fuese contagioso. Por el contrario, esto no ocurre así con Stiva Oblonsky. Siendo sus numerosas relaciones adúlteras conocidas por la sociedad en general, estas no afectan en lo más mínimo a su reputación o a la forma en que los demás lo tratan. Hay quienes censuran su conducta y la reprobaban –Levine o el propio Karenin así lo manifiestan– pero nunca llegan a decir nada en contra de su persona. Los propios criados de su casa además, se ponen de su parte cuando su mujer se entera, considerando que ella debe consentirlo y conformarse porque a los hombres se les permite creer que está en su naturaleza ser infieles.

La novela de Tolstói expone este y otros temas tabú en la sociedad rusa de su tiempo. Al igual que en la novela, el conde ruso habla de un tema incómodo, del que no era conveniente hablar: los matrimonios concertados, la emancipación de la mujer, la hipocresía y las normas sociales, el divorcio, la religión y cómo vivirla... Todo eso queda expuesto en la novela para que la sociedad tenga que enfrentarlo, y sin embargo, todo el mundo hace lo posible por volver la cabeza.

La creencia general sobre *Ana Karenina* –algo que se aprecia claramente en sus múltiples adaptaciones audiovisuales- es que es una obra moralizadora que condena a su heroína, cuando es justo lo contrario. La obra denuncia la situación de la protagonista, quien es en realidad víctima, una víctima que se rebela contra su situación y hace lo indecible por cambiarla. Lo que constituye un pensamiento moralizante es entender que por atreverse a ello, se le castigue con la muerte. La novela es una denuncia, un jarro de agua fría sobre la realidad de la época y sus injusticias sociales, especialmente, aquellas que afectan a las mujeres.

## 9. Referencias bibliográficas

- TOLSTÓI, L. (2009). *Ana Karenina*. Barcelona: Editorial Juventud, S.A.
- MANDELEKE, A. (1993). *Framing Anna Karenina: Tolstoy, the Woman Question and the Victorian Novel*. Ohio: Thomson-Shore, Inc.
- VOLKOV, S. (2010). *El Coro Mágico: Una historia de la cultura rusa desde Tolstói a Solzhenitsyn*. Barcelona: Ariel.
- BLOOM, H. (2005). *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama (Colección Argumentos).
- STITES, R. (1978). *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*. Vol. 59. Princeton University Press.
- ECO, H. (1996). *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Barcelona: Gedisa (Col. Libertad y Cambio, Serie Práctica).
- RODRÍGUEZ, J. C. (2011). "Reflexiones sobre Tolstói". En: Nina Krésova, *Lev Tolstói en el mundo contemporáneo*. Granada: Editorial Comares. Páginas 23-42.
- EDMONDSON, L. H. (1981). *Feminism in Russia 1900-1917*. London: Diss. University of London.
- FREIXAS, L. (2000). *Literatura y mujeres*, Barcelona: Destino.
- CARBONELL, N. y TORRAS, M. (comps). (1999). *Feminismos literarios*, Madrid: Arco Libros.
- MOI, T. (1988). *Teoría literaria feminista*, Madrid: Cátedra.
- SEGARRA, M. y CARABÍ, A. (eds). (2000). *Feminismo y crítica literaria*, Barcelona: Icaria.
- CABALLE, A. (2006). *Una breve historia de la misoginia*, Madrid: Lumen.
- COLAIZZI, G. (coord.). (1990). *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Cátedra.

## 10. Referencias videográficas

- Anna Karenina*, Julien Duvivier, 1948.
- La última estación* (The Last Station), Michael Hoffman, 2009.
- Anna Karenina*, Joe Wright, 2012.

Marta Arenas Castro  
Trabajo de Fin de Grado  
Grado en Publicidad y RRPP  
Tutor: Adrián Huici Modenes  
Dpto. de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Literatura  
Septiembre 2014